

CANTO GENERAL

75 años



75 AÑOS
**CANTO
GENERAL**

CANTO GENERAL

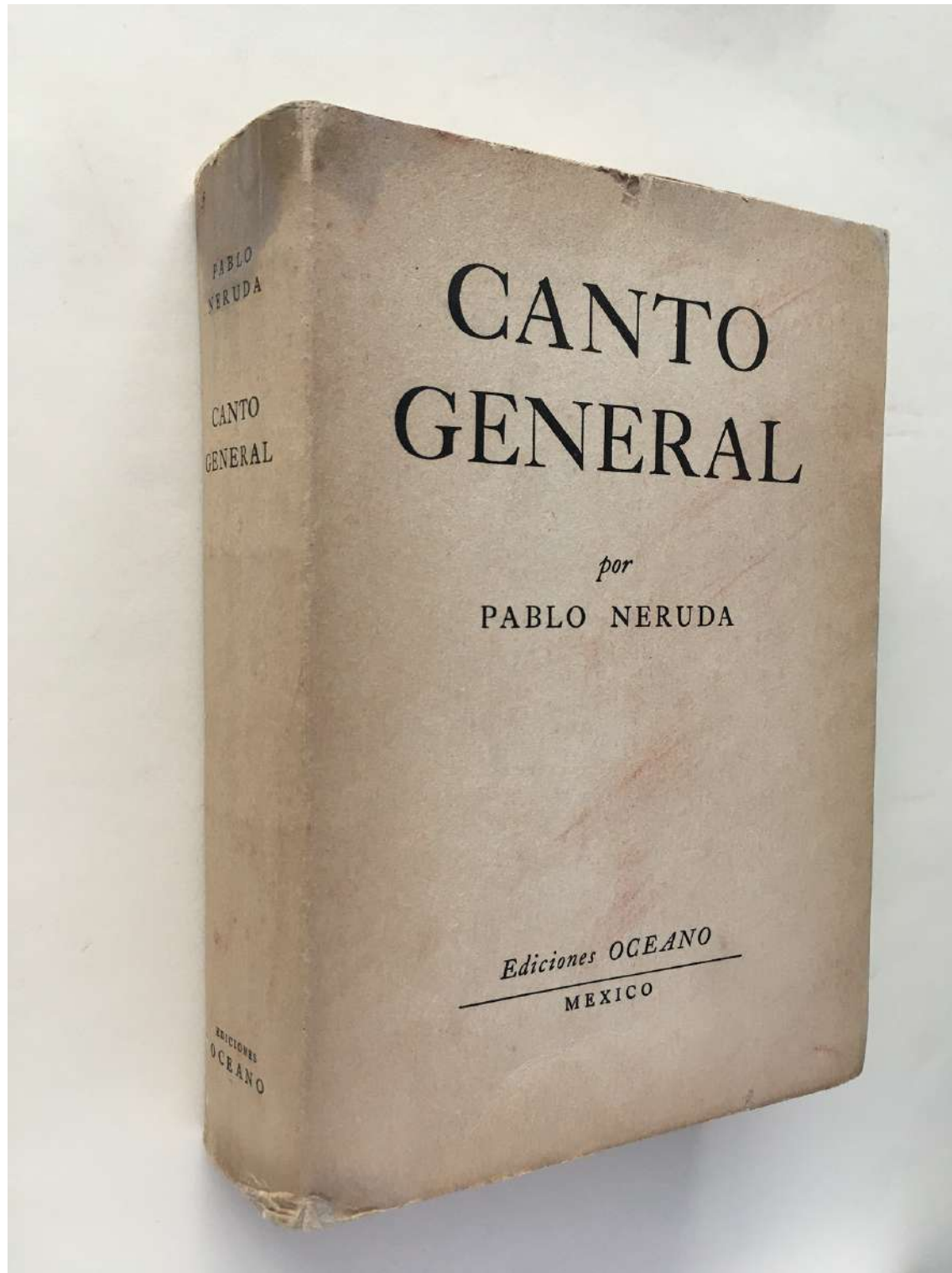
75 años



Fundación **Pablo Neruda**



Introducción



En 1948, en el extremo sur del mundo, un poeta perseguido por el gobierno de su país —Chile— se desplazaba de un escondite a otro, escribiendo en cada lugar las páginas de lo que sería el gran poema americano. En su libro, el poeta, llamado Pablo Neruda, invocaba a pueblos originarios ya extintos. Hacía hablar, a veces desde la muerte, a las víctimas de la explotación en América. Relataba la historia de los pueblos americanos y de sus héroes sin recurrir a las periodificaciones ni a otras convenciones impuestas por la historiografía liberal de Occidente. Contó la historia desde el punto de vista de los derrotados. Habló con la voz de los vencidos y se empeñó en desenterrar la memoria de los pueblos desaparecidos.

Neruda se maravilló ante hechos como la condición mágica del año 1810, que definió como «una fecha común a todos, un año general de las insurrecciones, un año como un poncho rojo de rebelión ondulando en todas las tierras de América».

El libro que escribía el poeta se llamó *Canto general*. Se publicó en dos ediciones: una en México y otra en Chile, esta última impresa en la clandestinidad. El libro abarca la prehistoria y la historia americanas, retratos de sus próceres civiles y militares, la cultura, la naturaleza, los movimientos sociales del continente, un gran canto cosmogónico al océano y, como cierre, una recapitulación poética y autobiográfica de su autor, la sección xv, titulada «Yo soy».

Canto general cumplió con uno de los más antiguos proyectos de la cultura americana. Desde la llegada de los europeos a nuestro continente se constató su excepcionalidad. El descubrimiento de América comienza en 1492 y no termina nunca. Los naturalistas describieron sus especies vegetales y animales, los exploradores, sus paisajes impresionantes. Y hombres y mujeres se preguntaron: ¿qué significa ser americanos?

La fundación de Norteamérica y la emancipación de Sudamérica agregaron nuevos problemas a la historia, entre ellos este: ¿por qué en un mismo continente había —y hay— dos Américas completamente distintas entre sí?

La primera América es la nuestra, la del centro y sur, la más antigua. Incluye a Brasil. Esta América luso-hispana, aunque posee grandes riquezas naturales, es pobre. Sus instituciones son débiles, al igual que su infraestructura productiva. Ha sido calificada como subdesarrollada. Desde las guerras de independencia de España y Portugal, sus intentos democráticos han sido permanentemente amenazados por caudillos que derrocan a presidentes para luego derrocarlos entre sí o instaurar dinastías familiares. Utopías y proyectos de desarrollo de distinto signo han deslumbrado a sus habitantes, especialmente a sus juventudes; la intensidad del deslumbramiento ha sido proporcional a la de la decepción final.

Entre todos esos proyectos fallidos de redención de América Latina están los de integración continental. Podríamos, por tanto, llamar a nuestro continente el de los Estados Desunidos de América del Sur.

La otra América es la del Norte: los Estados Unidos. Los estados del sur, agrarios y esclavistas, intentaron separar-

se del norte industrial. La Unión se impuso en una de las guerras más grandes del siglo XIX. La derrota del sur aseguró la unidad territorial de EE.UU., que luego impulsó su dominio imperial sobre el Caribe. Su fuerza militar y la del dólar hicieron posible la expansión territorial norteamericana, que anexó —entre otros territorios— Puerto Rico, Alaska, Hawái y parte del sur colonizado por franceses. Ahora Canadá está en la mira.

Además, los Estados Unidos invadieron a los Estados Unidos Mexicanos, apoderándose de California, Nevada, Utah, Nuevo México, Arizona y partes de Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma. Así, la frontera entre México y EE.UU. se fijó en el río Bravo. Algunos de los territorios anexados se cuentan hoy entre los más ricos del mundo.

La independencia de la América meridional vino acompañada por la desintegración del moribundo imperio español. Próceres como Simón Bolívar intentaron construir la unidad continental de Sud y Centroamérica, pero el caudillismo, la anarquía y los conflictos fronterizos lo impidieron.

Pero entre todos los achaques y debilidades de la América ibérica, tal vez el más peligroso fue la vecindad con EE.UU.

A la intelectualidad latinoamericana le costó comprender que el país cuya democracia y progreso había admirado durante el siglo XIX constituía una amenaza. Porfirio Díaz lo sintetizó: «Pobre México: tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos».

Solo en 1898, cincuenta años después de la guerra en que EE.UU. arrebató a México más de la mitad de su territorio, comenzó a nacer una conciencia de nuestra diferen-

cia radical con el mundo anglosajón. Se percibieron los peligros de esa vecindad, y empezamos a preguntarnos quiénes somos, cómo somos, y qué significa ser americanos con los Estados Unidos como espejo.

Canto general forma parte de un amplio movimiento intelectual que busca descifrar América. Un movimiento que venía ya desde el siglo XIX. Desde entonces proliferan los ensayos sobre el ser americano. Textos clásicos son, por ejemplo, *Facundo: civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento. Durante mucho tiempo la tensión entre lo bárbaro y lo civilizado se volvió un eje fundamental en los estudios sobre las sociedades latinoamericanas.

El escritor colombiano José María Vargas Vila dio un vuelco interesante al afirmar que los bárbaros no eran los latinoamericanos, sino los otros:

«...los salvajes eran ellos, los descendientes de normandos, de piratas, de teutones y de los mendigos de Germania y Albión, ávidos invasores que habían metido sus garras y picos devoradores en América Latina».

El uruguayo José Enrique Rodó escribió *Ariel*. En este ensayo aparece ya la crítica al materialismo y al utilitarismo de la cultura anglosajona, y se valora, en cambio, la espiritualidad proveniente de la tradición grecolatina. Los contenidos de este ensayo dieron origen al arielismo, uno de los movimientos que, al igual que el indigenismo y el populismo, tuvo fuertes tintes identitarios. Otro texto que defendió la superioridad de la América del Sur fue *La raza cósmica*, del mexicano José Vasconcelos, quien postuló la superioridad de la humanidad americana y su causa: el pluri-mestizaje que conjuga los valores de todas las sangres del mundo. En Cuba, entretanto, el poeta Nicolás Gui-

llén cantarí: «...lo mío es tuyo / lo tuyo es mío: / ¡todas las sangres formando un río!».

En la producción de figuras paradigmáticas de la sociedad americana aparecieron personajes literarios como el dictador todopoderoso, el sátrapa, que usa su poder para enriquecerse, entregándose y entregando las riquezas de su país a Norteamérica. En el frente contrario surge el libertador, el guerrillero, que muchas veces termina asesinado por los sicarios del dictador.

A esta corriente literaria, formada principalmente por ensayistas, se suman otros géneros como la poesía, a veces con un solo poema o apenas unas estrofas. Comentando una antología de poesía nicaragüense, Neruda descubre a un poeta que, en pocos versos, expresa la distancia insalvable entre Norteamérica y Sudamérica. Anota Neruda:

«Pocos datos tenemos de los poetas que figuran con nombres propios en esta antología. Entre ellos, el de versos más seguros y desgarradores es Joaquín Pasos. Es tan hermosa y heroica su poesía, y tan madura a la vez, que ya tiene calidades de armamento, de fuerza insurgente. Sus versos marchan como soldados:

*Yankees, váyanse,
váyanse, váyanse, yankees.*

*Esta es tierra con perfume solo para nosotros.
Crecen mangos, jocotes, guayabas y chocomicos
y un montón más de frutas de monte que se cultivan solas
en el Mombacho.*

*Cuántos siglos habrán de pasar para que vosotros sintáis
cómo ciertos árboles frutales llegan hasta el alma!
y cómo ciertas aves cantan solo para cierta raza
y por qué mi amor y la alegría van por esta tierra de la mano.»*

A esta importante producción ensayística de búsquedas identitarias respondieron corrientes como la crítica cultural, que arremetieron contra el esencialismo identitario y alegaron que, más interesante que la búsqueda de una América rural, mágica o maravillosa —ya extinta—, era comprender las formas en que la modernidad y la posmodernidad se manifiestan en el continente.

Canto general no solo se inserta en una corriente literaria que viene desde el siglo XIX y continúa hasta el XXI: no solo forma parte de esta tendencia, sino que constituye uno de sus momentos más altos. Otro hito fue la narrativa del boom, principalmente *Cien años de soledad*. Creo que los jóvenes de los años sesenta nos sentimos tan profundamente sudamericanos cuando leímos *Cien años...* como los muchachos de los años cincuenta se sintieron al leer *Canto general*.

Dario Oses, 2025

Canto General

75 años

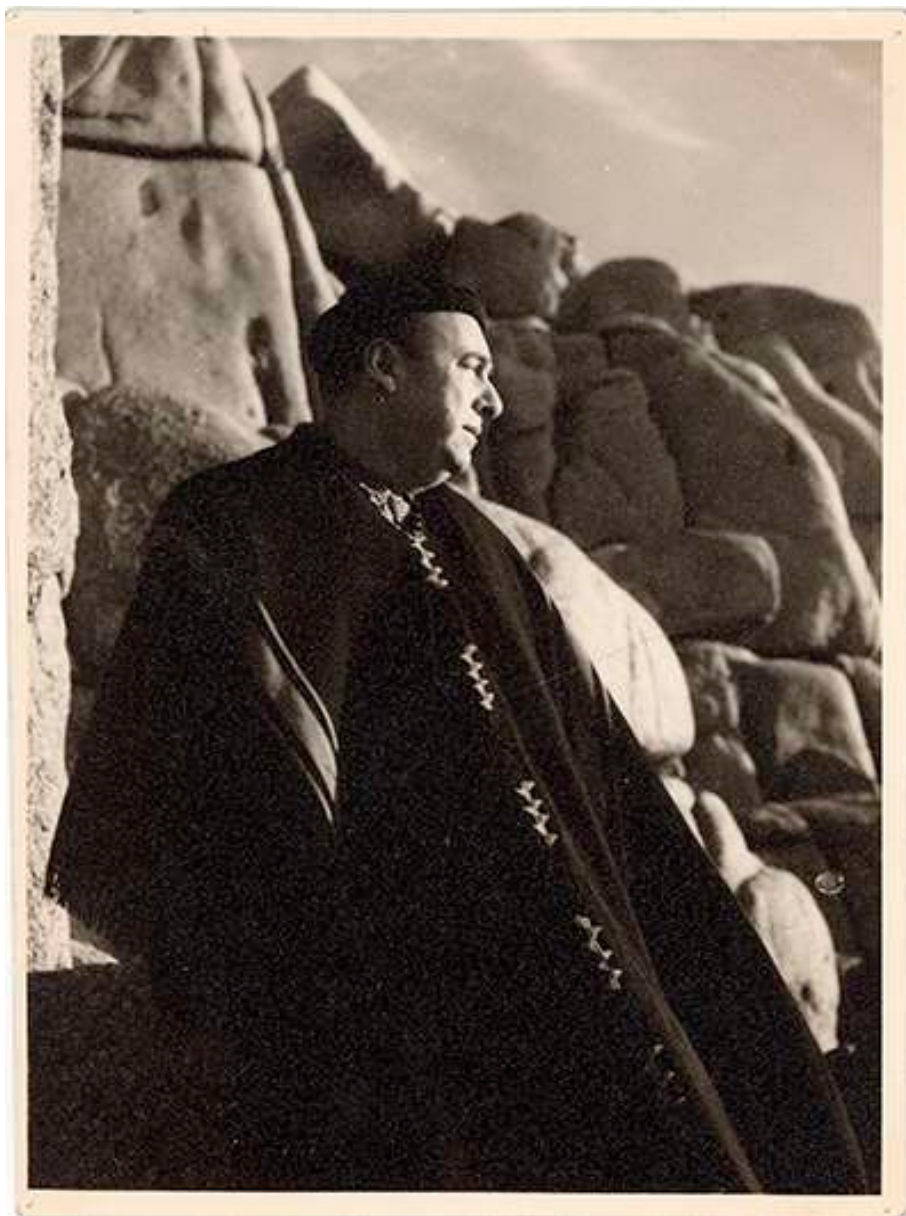
I: El nacimiento de un libro



Canto general nació de una revelación del ser americano. Cuando era niño, en el Temuco agreste y lluvioso, se perdió en el bosque azotado por un temporal. Ahí tuvo una revelación del continuo vida y muerte, del bosque donde de la muerte y putrefacción de las hojas renacía interminablemente la vegetación. América fue su segunda gran revelación. El poeta escribió:

“...la América excelsa, su edificio al aire se manifestó en la orgullosa y solitaria ciudadela de Macchu Picchu. Fue un encuentro decisivo en mi vida.”

Esto ocurrió en 1943. En el mundo ardía la segunda guerra mundial. “Mientras la razón dormía en el mundo, los monstruos practicaban la suprema carnicería” – comentó Neruda.



El poeta buscó en el pasado otra carnicería como esa. La encontró en la época en que América fue descubierta e invadida por los europeos, cuando “la degradación, el martirio, el aniquilamiento en proporciones gigantescas se ponía metódicamente en práctica”.

En 1943, Neruda dejó el cargo consular que tenía en Méjico y regresó a Chile recorriendo los países que se encontraban entre la cordillera de los Andes y el océano Pacífico.

Llegó a Perú y subió hasta la ciudad perdida: “Macchu Picchu, la misteriosa.” Hizo el viaje en lomo de mulo. Entonces no había caminos.

Reflexiona el poeta: “aquella altísima ciudad se había avergonzado de su propia época, se había reducido al silencio y se había escondido en su propio bosque. ¿Qué les sucedió a sus constructores? ¿Qué había sido de sus habitantes? ¿Qué nos dejaron, excepto la dignidad de la piedra, para darnos noticias de su vida, de sus propósitos, de su desaparición? Nos respondió un silencio sonoro (...)”

Machu Picchu se reveló al poeta “como el perder de la razón por encima del delirio, y la ausencia de sus habitantes, de sus creadores, el misterio de su origen y la silenciosa tenacidad desencadenaron para mí la lección del orden, que el hombre puede establecer a través de los siglos con su voluntad solidaria...”

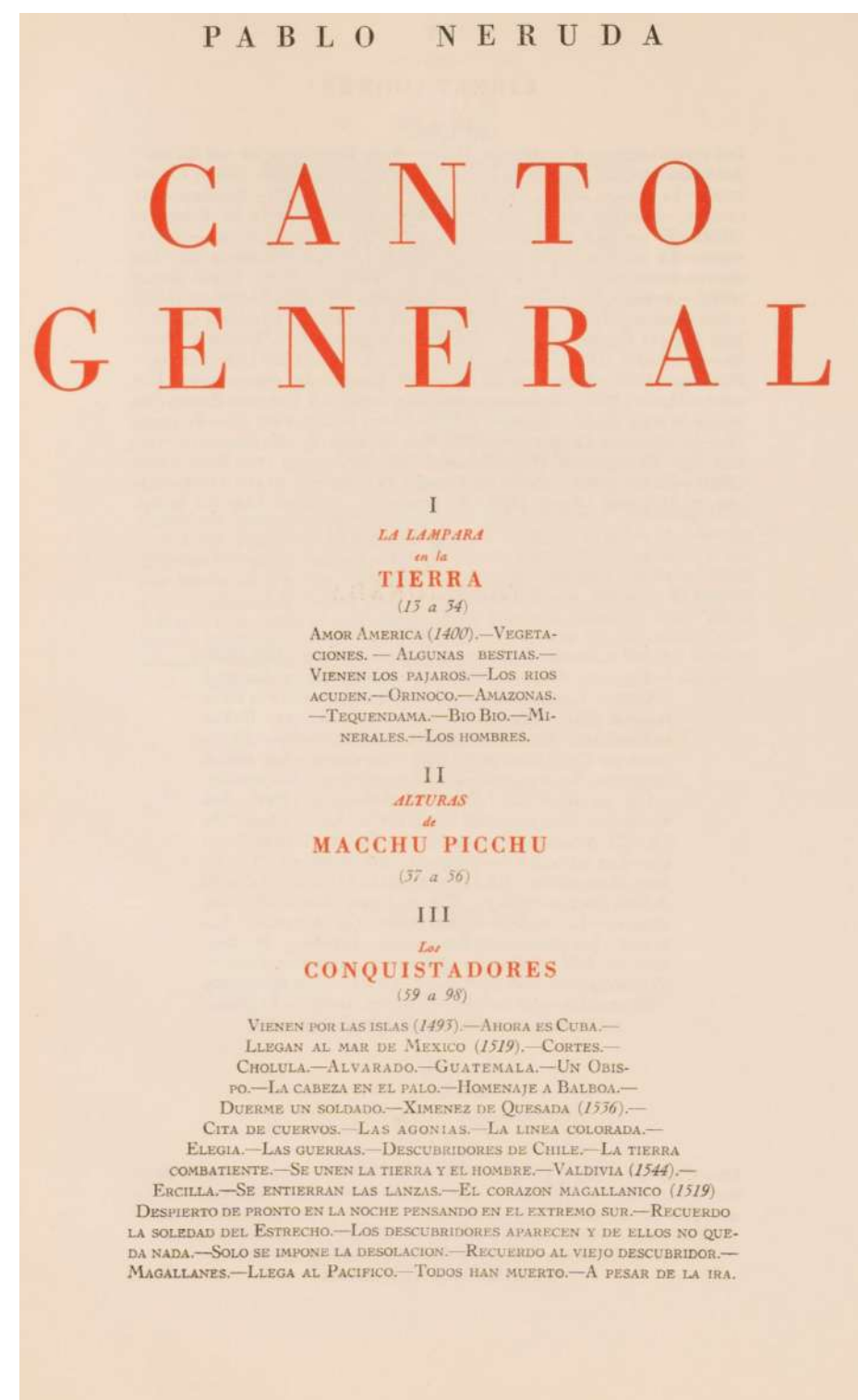
Y agrega: “Allí comenzó a germinar mi idea de un canto general americano. Antes había persistido en mí la idea de un canto general de Chile, a manera

de crónica. Aquella visita cambió la perspectiva. Ahora veía a América entera desde las alturas de Macchu Picchu.

Inquieta al poeta la desaparición de los constructores de Macchu Picchu, su ausencia de siglos, su mutismo eterno. Por esto termina ofreciéndose como médium en el último verso del poema: “Hablad por mis palabras y mi sangre.”

“Alturas de Macchu Picchu” es el pórtico de *Canto general* que a su vez es una aproximación al misterio del origen, de la historia y de la unidad de la América latina. La historia y la prehistoria americanas mostraron al poeta que América era una sola nación. Y él habló por sus palabras y su sangre. Eso fue *Canto general*.

El poeta contrapone también el silencio enigmático de Macchu Picchu con la agitación magnicida de la guerra mundial. Macchu Picchu parecía estar en reposo, como si descifrara en el aire y la tierra las claves de la historia y la cultura latinoamericanas, es decir como si leyera *Canto general*.





II: La perduración de los vencidos

Entre muchas otras cosas, *Canto General* es una reivindicación poética del pasado americano. Según la visión historiográfica tradicional la conquista europea trajo la civilización a nuestras poblaciones bárbaras y también la religión a pueblos idólatras. Para Neruda, por el contrario, la conquista destruyó una considerable riqueza cultural.

En *Canto general* el poeta cambia la perspectiva de la Conquista, por el sencillo recurso de examinarla desde el punto de vista de los derrotados.

Neruda fue un precursor de lo que se ha llamado “La visión de los vencidos”. El estudioso mexicano Miguel León Portilla recopiló una serie de testimonios de lo que había sido la conquista de México desde la visión de los pueblos nahuas, con lo que abrió una nueva perspectiva para la historia. El libro de León Portilla es de 1959. Nueve años antes de *Canto general*. Por lo tanto Neruda se adelantó en trabajar con la visión de los vencidos, solo que lo hizo desde la poesía.

Veamos un ejemplo. En el poema “Las agonías” Neruda relata el famoso encuentro de los conquistadores españoles con el inca Atahualpa en Caja-

marca. El inca está convencido de que: “Las visitas / de otro planeta, sudadas y barbudas / iban a hacer la reverencia”.

Pero el obispo Vicente Valverde se acercó y entregó una Biblia a Athualpa para que le rindiera pleitesía. Este la recibió sin saber qué era aquel objeto extraño:

“un trozo de cesto, un fruto / tal vez de aquel planeta / de donde vienen las caballos. / Atahualpa lo toma. No conoce / de qué se trata: no brilla, no suena, / y lo deja caer sonriendo.”

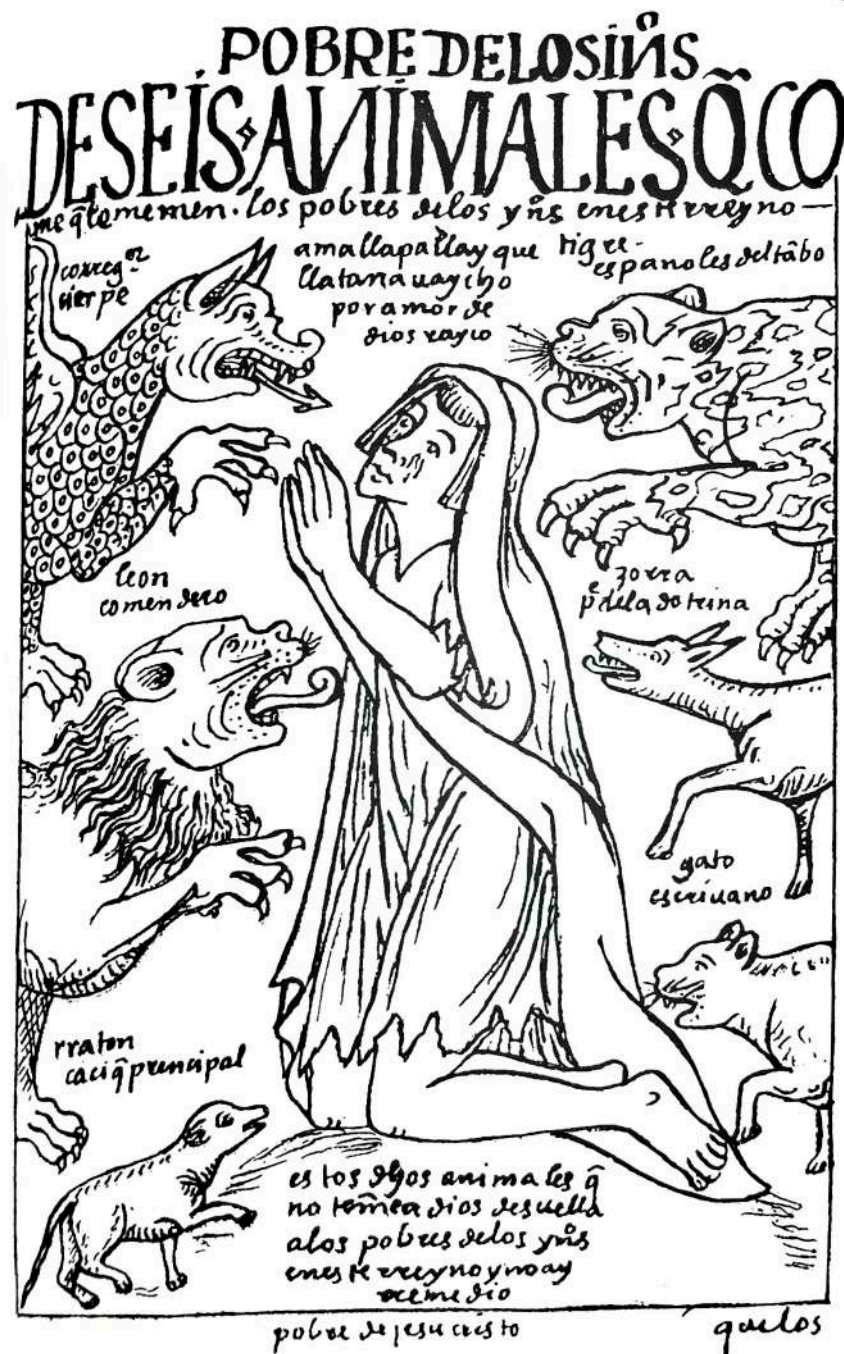
El relato se hace desde la visión de mundo del inca, en cuyo imperio no se conocían el libro ni la lectura ni las letras. Teniendo como pretexto ese acto para ellos sacrílego, los conquistadores desataron el castigo con una gran matanza. El poeta acota: “Nuestra sangre en su cuna es derramada.” Con esto queda claro que el poeta habla desde un nosotros americano. En otras ocasiones ha proclamado su intención de hablar desde el colectivo americano y desde su voz silenciada por sucesivas conquistas y aplastamientos.

La impresión que le produce el inquietante silencio de Macchu Picchu, podría deberse a que ahí estaba el centro de la América silenciada. Otro ejemplo del punto de vista local de *Canto general* es la descripción de la batalla de Tucapel, en la que los mapuche derrotaron a los españoles y ejecutaron a Pedro de Valdivia. Neruda describe la ejecución hablando en primera persona:

“Qué hermosa fue la sangre del verdugo / que repartimos como una granada, / mientras ardía viva todavía. / Luego, en el pecho entramos una lanza / y el corazón alado como un ave / entregamos / al árbol araucano. / Subió un rumor de sangre hasta su copa.”

“Entonces, de la tierra / hecha de nuestros cuerpos, nació el canto / de la guerra, del sol, de las cosechas, / hacia la magnitud de los volcanes. Entonces repartimos el corazón sangrante. / Yo hundí los dientes en aquella corola / cumpliendo el rito de la tierra.”

El comer el corazón del enemigo es un antiquísimo rito de absorción del otro fuerte y valeroso. Es posible que, en este caso la absorción aluda al mestizaje, que fue lo que finalmente permitió perdurar a los pueblos americanos que siguieron luchando por la libertad, como se manifiesta en la sección XXV de *Canto general*, “Los libertadores”.



III: El Génesis

Los primeros navegantes europeos que arribaron a América no sabían a dónde estaban. Su destino inicial fue la tierra de las especias, en Asia, pero con el tiempo cundió la sospecha de que habían ido a parar a otra parte. Al llegar a la desembocadura del Orinoco, Colón creyó que estaba en las puertas del Paraíso. Por su parte, los habitantes autóctonos de América no tenían ni siquiera la noción de habitar un continente que compartían con otros pueblos.

Luego de percatarse de que habían llegado a un mundo nuevo y extraño, los europeos se dieron cuenta de que no tenían las palabras necesarias para descifrar ese mundo.

Los cronistas coloniales intentaron dar cuenta de las singularidades del mundo americano. Los naturalistas bautizaron sus especies vegetales y animales y las ordenaron con códigos europeos.

Mucho tiempo después les tocó el turno a los poetas. Al hablar sobre Canto general en el Congreso Continental de la Cultura, en 1953, Neruda dijo: “Nuestras plantas y nuestras flores deben ser por primera vez contadas y cantadas. Nuestros volca-

nes y nuestros ríos se quedaron en los secos espacios de los textos. Que su fuego y su fertilidad sean entregados al mundo por nuestros poetas.”

Canto general se abre con la sección “La lámpara en la tierra”. Neruda visita imaginariamente esta tierra adánica. Ve su propio cuerpo envuelto con la vegetación hasta confundirse con ella cuando dice:

“Tierra mía sin nombre, sin América, / estambre equinoccial, lanza púrpura, / tu aroma me trepó por las raíces / hasta la copa que bebía, hasta la más delgada / palabra aún no nacida de mi boca.”

En la estrofa siguiente, el poeta insiste en la condición todavía innominada del paisaje:

“A las tierras sin nombres y sin números / bajaba el viento desde otros dominios.”

La escena del paraje sin nombre había aparecido antes y después de Neruda en la literatura latinoamericana. Así por ejemplo, en Cien años de soledad García Márquez construye un pequeño paraíso: el pueblo de Macondo en el que “... el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre...”

Al paraíso de Canto general llegan los pájaros a poblar a los árboles y al aire. Luego los ríos establecen su sistema de venas y arterias sobre la tierra impoluta.

Desde su sueño inmóvil los minerales despiertan al martirio de la fundición. Dice el poeta:

“Madre de los metales, te quemaron, / te mordieron, de martirizaron, te corroyeron, te pudrieron / más tarde cuando los ídolos ya no pudieron defenderte.”

Finalmente llega a la escena de la creación el hombre:

“Como la copa de arcilla / era la raza mineral, el hombre, limpio como los cántaros, sonoro.”

Se ha calificado a Canto general como una Biblia americana. Despliega a las especies animales y vegetales que van ingresando una a una a la escena de la creación, hasta concluir con el hombre, todavía en estado de pureza: “limpio como los cántaros”.

Esta es una Biblia sin dioses. Las especies llegan no sabemos desde dónde: “Vienen los pájaros”, “Los ríos acuden” son los títulos de algunos de los poemas de este Génesis que no tiene soporte teológico. Desde luego este no contar con escrituras sagradas establecidas y canónicas hace más difícil descifrar el mundo americano solo por sí mismo.

Este relato cosmogónico continúa con la irrupción de los conquistadores europeos y la destrucción del ese mundo paradisiaco que sobrevive, sin embargo, en el inconsciente colectivo del hombre y la mujer americanos de todos los tiempos. Una de las constantes de la historia de América es la utopía de la recuperación, en sueños o en combates, de la época de los orígenes. La aspiración de revivir ese entonces primordial se ha manifestado en poemas,

ensayos, relatos y en movimientos de emancipación en todos los tiempos.

En “Amor América”, el primer poema de Canto general, Neruda dice:

“...como una rosa salvaje / cayó una gota roja en la espesura / y se apagó una lámpara en la tierra.”





IV: La América dispersa

A fuerza de postergaciones y fracasos la busca de la unidad de América Latina terminó por convertirse en una de las utopías del continente. Es decir, algo inalcanzable. A lo largo de la historia se han sucedido los proyectos nunca realizados de integración política, social y económica. El sueño de Bolívar se ha hundido una y otra vez. Somos los Estados desunidos de Latinoamérica. Y esa fragmentación nos deja indemnes frente a los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero Pablo Neruda en su Canto general encontró parte de la unidad más profunda de América. En una de sus conferencias el poeta señalaba que animado por el propósito de “dar una gran unidad al mundo que yo quería expresar, escribí mi libro más ferviente y más vasto: el Canto general.” Y en el Congreso Continental de la Cultura, de 1953, declaró: “Unir a nuestro continente, descubrirlo, construirlo, recobrarlo, ése fue mi propósito.”

En 1954, el poeta afirmó que su intención inicial había sido escribir un libro solo sobre Chile, y agregaba:



“Muy pronto me sentí complicado, porque las raíces de todos los chilenos se extendían debajo de la tierra y salían en otros territorios. O’Higgins tenía raíces en Miranda. Lautaro se emparentaba con Cuauhtémoc. La alfarería de Oaxaca tenía el mismo fulgor negro de las gredas de Chillán.”

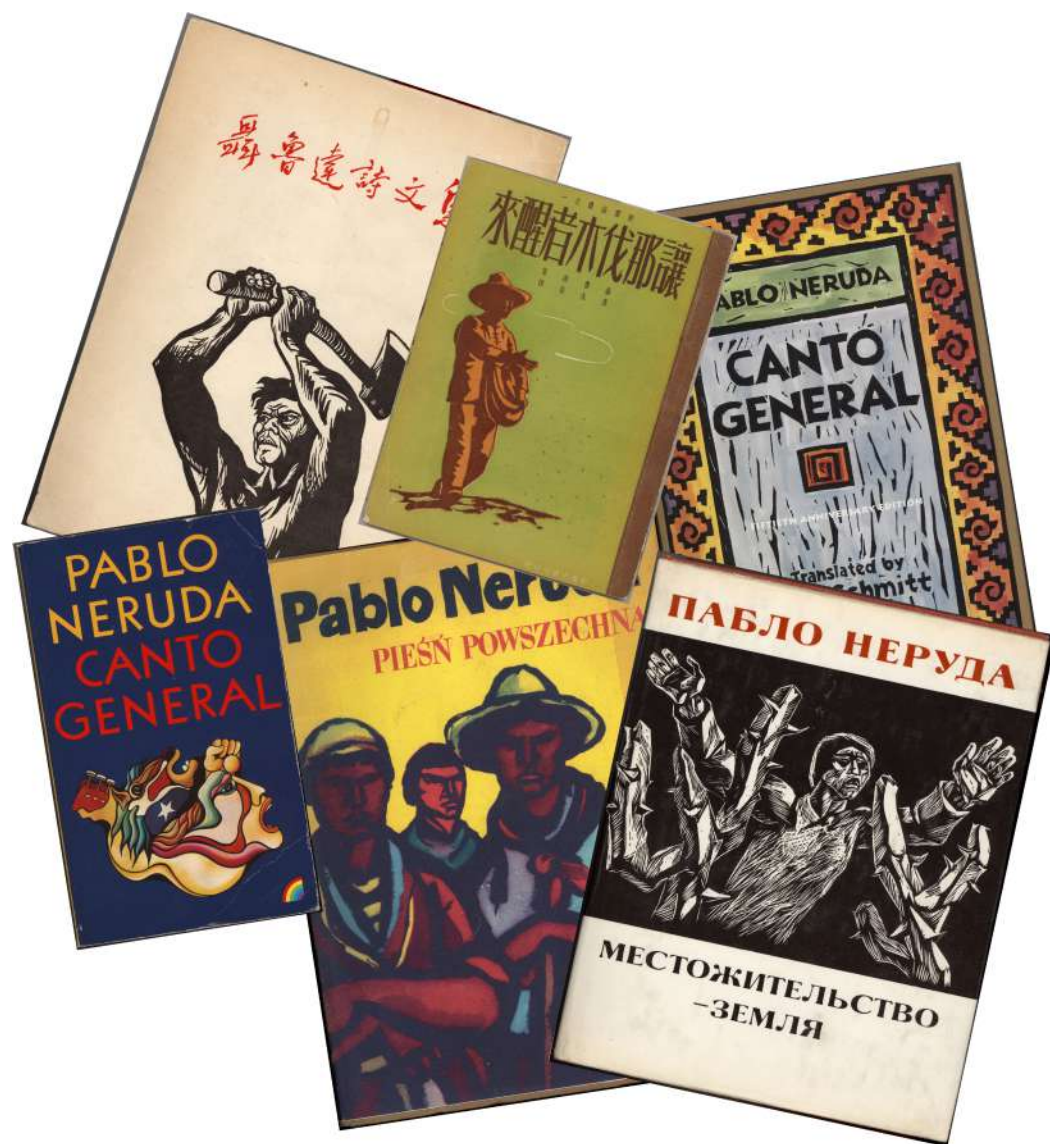
El poeta sugiere que hay una unión subterránea de América que cada cierto tiempo sale a la superficie del continente. Así, 1810 fue una fecha mágica, común a todos, “un año general de las insurrecciones, un año como un poncho rojo de rebelión ondulando en todas las tierras de América.”

Por otra parte, en su Canto general Neruda desechó la periodificación impuesta por los europeos a la historia de América, que empieza, para ellos, con el Descubrimiento, como si antes de la llegada de Colón no hubiesen existido las poblaciones originarias, con su inmensa riqueza cultural, o como si Colón hubiese llegado a una tierra despoblada. Luego venía la Conquista, que era el sometimiento de aquellos pueblos a los que antes se les había negado existencia.

Canto general establece una historia ordenada solo con una genealogía de libertadores, en la que incluye desde los guerreros locales que resistieron a la invasión española, como Cuauhtémoc y Lautaro, hasta Zapata, Sandino y Recabarren, pasando por los próceres de la independencia americana. El héroe liberados o redentor o sacrificial es una figura que aparece en toda América.

La doctora Eugenia Neves apunta que “la imagen





de la Libertad en Canto General tiene la forma de un árbol cuya fuerza emana de la tierra para darle vida a los héroes de la Libertad, incesantemente renovados.” La libertad de la que gozaban los pueblos originarios, se pierde cuando éstos son conquistados y exterminados, pero finalmente perduran en los pueblos mestizo -americanos. El mestizaje es también común a la América Latina.

Los libertadores de Canto General no son sólo los próceres que luchan en la guerra de Independencia contra el imperio español, a principios del siglo XIX, sino también los indígenas que combaten en defensa de sus tierras, y los líderes populares que se oponen al imperialismo y buscan la redención del pueblo en el siglo XX. Y más allá de los grandes héroes redentores está el protagonista colectivo de la historia: el pueblo. En su poema “La tierra se llama Juan” Neruda dice:

“Detrás de los libertadores estaba Juan / trabajando, pescando y combatiendo, / en su trabajo de carpintería o en su mina mojada. / Sus manos han arado la tierra y han medido/ los caminos.

La unidad de Latinoamérica está también en el dolor de las víctimas de la explotación en Chile y otros países,

La estirpe de los Libertadores americanos tiene como contrapeso la de “Los verdugos”, en la que despliega otra figura propia de Latinoamérica: la de los sátrapas y los tiranos que aplastan y esquilman a sus pueblos.

Para escribir la historia en poesía a Neruda le basta un episodio menor y olvidado, y con él da cuenta de toda una clase de tiranos y tiranías. Así por ejemplo relata un suceso que ocurrió en Bolivia, en marzo de 1865. Esa noche el tirano Melgarejo fue derrocado por otro caudillo: Belzú. Mientras este celebraba su triunfo recibiendo muestras de sumisión, Melgarejo, que había sido expulsado a golpes del palacio de Gobierno, deambula por las calles como un “tempestuoso espectro.” Después regresa al palacio. Nadie lo detiene porque nadie repara en su presencia. Se acerca a Belzú. Lo mata. Sale al balcón “con su traje desgarrado, / barro de campamento y sangre sucia.” “¡Ha muerto Belzú ¡Viva Melgarejo! – grita. La misma multitud que había festejado a Belzú, ahora grita: ¡Viva Melgarejo! Y sigue celebrando como si diera lo mismo quién es el festejado.

Con este breve relato Neruda da cuenta de toda una época de inestabilidad política y anarquía, en la que la América post hispánica quedó bajo el poder de caudillos que se derrocaban unos con otros.

Canto general da cuenta de una cantidad de vínculos ancestrales que le dan a América Latina una unidad más poderosa y secreta que la de las líneas que demarcan territorios y establecen fronteras.





V: Neruda y el Mar

Alain Sicard, uno de los grandes estudiosos de la obra de Neruda afirma que “la imagen de Chile, ofrecido por entero a la influencia oceánica, baña el mar desde siempre la vida y la obra de Pablo Neruda”. Y este baño de mar encuentra su poemario más notable de Neruda en “El Gran Océano”, la XIV y penúltima sección de Canto General.

Este poemario tiene la profundidad del océano.

El poeta alude al mar como “agua sin fondo ni forma”, agua también oscura, nocturna que sugiere el caos primordial. Neruda recrea la dimensión mítica del océano como el territorio del caos, anterior a la creación, donde aún no se han plasmado las formas, ni trazado los perfiles del mundo, pero está por producirse el nacimiento del cosmos:

No es la última ola con su salado peso/ la que tritura costas y produce / la paz de arena que rodea el mundo: / es el central volumen de la fuerza, / la potencia extendida de las aguas,/la inmóvil soledad llena de vidas.

Hay en “Gran Océano” pasajes que recuerdan las grandes cosmogonías, los poemas que describen la formación del mundo, los mitos de creación de Hesíodo y Lucrecio:

Cuando se transmutaron las estrellas / en tierra y en metal, cuando apagaron / la energía y volcada fue la copa / de auroras y carbones, sumergida / la hoguera en sus moradas, / el mar calló como una gota ardiendo / de distancia en distancia, de hora en hora: / su fuego azul se convirtió en esfera, / el aire de sus ruedas fue campana, / su interior esencial tembló en la espuma, /y en la luz de la sal fue levantada / la flor de su espaciosa autonomía.

El océano aparece, luego, como el “agua madre” o la “translúcida gruta de la vida”, es decir, el lugar donde se origina la vida:

Estrella de oleajes, agua madre, / madre materia, médula invencible, /trémula iglesia/ levantada en el lodo: / la vida en ti palpó piedras nocturnas...

El poeta da cuenta de la gestación de la vida en el mar. Es una vida primaria, que pugna por existir, una vida agresiva que muere y compite por imponerse. Finalmente aparecen en el escenario del océano los hombres que van poblando islas y costas, los pueblos del mar, los Rapa Nui y los yámanas, Luego vendrán puertos, navegantes y naufragios con sus residuos, que el poeta recoge para incorporarlos al viaje de su propia vida. Así por ejem-

plo “Gran Océano” relata su encuentro con uno de sus famosos mascarones de proa:

En la arena de Magallanes te recogimos cansada navegante inmóvil / bajo la tempestad que tantas veces tu pecho dulce desafió dividiendo en sus pezones. (...) / Hoy eres mía, diosa que el albatros gigante / rozó con su estatura extendida en el vuelo (...) / Hoy hemos recogido de la arena tu forma./ Al final a mis ojos estabas destinada. (...) / Tú navegas conmigo, recogida, hasta el día / en que dejen caer lo que soy en la espuma.

El poeta se apropia, entonces, de este fragmento de una embarcación, fragmento que guarda el misterio de la totalidad del mar. Lo mismo hará con las caracolas marinas que coleccionó con esmero. En “El Gran Océano” dedica un poema, “Mollusca gongorina” a sus afanes de coleccionista de caracolas de todos los mares del mundo.

En fin la enormidad de Canto general para estar completa requería de la parte oceánica del mundo para completarse.



VI: Protagonistas de la Historia



Canto general indaga en las corrientes más hondas de América y del ser americano. A incursionar en el pasado americano la poesía transcurre como una corriente distinta a la racionalidad historiográfica. En lugar del rigor metodológico está la potencia derevelación de la poesía. Esta indaga en regiones donde la profundidad se encuentra con la altura. En su “Alturas de MacchuPicchu” el poeta sube más allá de las construcciones de piedras que obreros, ahorainvisibles construyeron en las cumbres. En lugar de excavar en el suelo en busca de vestigios y voces de pueblos perdidos en la tierra, el poeta sube al aire para encontrarse allí con los pueblos que habitaron las alturas.

Neruda convoca a los hombres enterrados, los nombra, los adivina. Solo responde el silencio. Entonces pregunta “¿El hombre donde estuvo?”. Después siente la presencia del hombre ausente, del colectivo humano, de los juanes invisibles: Juan Cortapiedras, Juan Comefrío, Juan Piesdescalzos.

El poeta busca la redención de los pueblos ya dormidos. Es la misma que buscaron los próceres que aparecen en la sección “Los Libertadores” de Canto General : los que resistieron a la invasión europea, los que lucharon contra el dominio colonial español hasta conseguir la independencia. Después otros hombres y mujeres de la prosapia de los libertadores, se enfrentaron contra el colonialismo que se expandía desde el norte e imponía a las jóvenes repúblicas brutales caudillos que se instalaban en el poder hasta que otro sátrapa lo derrocaba.

Neruda ve la historia de América como una lucha interminable por la libertad. Y esta lucha se ramifica alcanzando también las causas que se levantan contra la soberanía de los países americanos, contra la explotación de los trabajadores y por los derechos de los pueblos.

Y al frente de esta lucha interminable siempre están los héroes: guerreros y civiles, desde Lautaro y Cuauhtémoc hasta Sandino y Luis Emilio Recabarren. La historia americana es este permanente relevo de unas generaciones de libertadores a otras.

En las próximas entregas intentaremos asomarnos a esta galería interminable de los héroes en Canto general.







VII: Luis Emilio Recabarren

Dijo Neruda: “Recabarren conoció más que nadie nuestra patria. Es también un héroe grandioso: pero es el héroe de la organización. Es el formador de la conciencia de la masa, un agitador infatigable”.

En la sección IV “Los libertadores” de Canto general hay figuras de grandes héroes, desde el joven emperador Cuauhtémoc, hasta “guerrilleros turbulentos y grandiosos” como Emiliano Zapata y Augusto César Sandino. Pero el más singular de todos es Luis Emilio Recabarren, que luchó sin más armas que la publicación y divulgación de la prensa obrera y la organización de sindicatos de trabajadores.

Luis Emilio Recabarren es parte de un momento clave del desarrollo de las luchas sociales en Chile. Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, nuevos actores, principalmente la juventud estudiantil, la intelectualidad mesocrática y la clase obrera pugnaban por participar en la escena política y so-

cial del país y hacer visible la miseria material y moral encubierta por la aparente prosperidad de la llamada belle époque chilena.

Para Neruda Recabarren es “hijo de Chile, / padre de Chile, padre nuestro...”

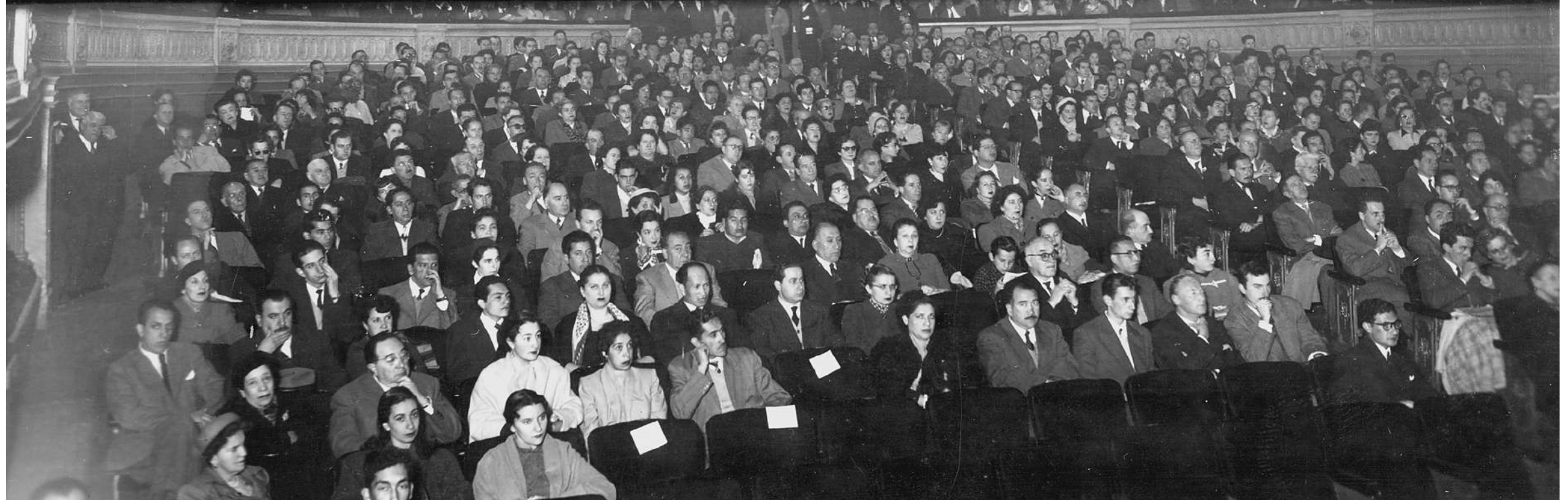
En las provincias del norte nacían no solo el movimiento obrero sino también una cultura y una prensa proletarias. Luis Emilio Recabarren tuvo una participación decisiva en estos procesos. Intentó dar la lucha por la causa de los trabajadores dentro de la institucionalidad. Por eso participó en elecciones parlamentarias, fue elegido diputado y rápidamente excluido por una reacción inmunológica de la clase política oligárquica. A esta Recabarren le resultaba incómodo, no solo por la causa que defendía, sino por su pureza moral que actuaba como medio de contraste para dejar en evidencia los vicios de la política y de los políticos de la llamada República Parlamentaria.

Recabarren tuvo que enfrentarse a una oligarquía que sacralizaba dogmas religiosos acomodados a sus intereses políticos y económicos.

En la Cámara de diputados, cuando declaró con ejemplar honestidad, que no creía en Dios, lo trataron de inculto y de salvaje. Respondió que si no tenía educación era por culpa de la exclusión a la que los gobiernos habían sometido a los trabajadores. Sin embargo, aunque autodidacta, Recabarren fue extraordinariamente culto y construyó una visión materialista coherente de lo que eran el mundo, la materia y el hombre. Desarrolló esta visión en un

ensayo filosófico titulado *La materia eterna e inteligente*, publicado en Buenos Aires, en 1917.

En su campaña senatorial por Tarapacá y Antofagasta, y ya como senador, en sus visitas a los minerales, para conocer de cerca la condiciones en que vivían los obreros del salitre, el cobre y el carbón, Neruda ha de haberse sentido continuador de Recabarren y su compromiso con mejorar las condiciones en que vivían los trabajadores.





VIII: Bernardo O'Higgins

Lo mismo que Bolívar, San Martín y otros, Bernardo O'Higgins Riquelme fue uno de los próceres que liberaron a América del dominio español. Pero es diferente de ellos porque no solo tuvo que luchar en los campos de batalla sino también para restañar una herida y un dolor que lo persiguieron desde su nacimiento.

La igualdad es mi ídolo

Como dice su biógrafo Luis Valencia Avaria O'Higgins : “batalló por vencerse y vencer las circunstancias de su nacimiento”, “fue una lucha homérica que duró toda su vida, pero derrotó en sí al hombre mediocre. En una frase quiso explicarse y explicarnos el sentido hondo y verdadero de su conflicto: ‘Detesto por naturaleza a la aristocracia; la igualdad es mi ídolo.’”

Agrega Valencia que “su juventud fue un monólogo”. Además de ser negado por su padre vivió

muchos años lejos de su madre. El padre solo dio a entender a sus amigos que tenía un hijo natural. Pero la identidad de este seguiría siendo secreto hasta después de la muerte del progenitor.

Es posible que la distancia del padre lo haya llevado a luchar por una patria independiente, contra el dominio español. Y además de las heridas de la patria en formación, tuvo que vivir los traumas de su propia existencia.

En el retrato poético que hace Neruda del prócer, este aparece como un hombre inicialmente moldeado por un territorio: el del valle central de Chile: “Entre patriarca y huaso / eres un poncho de provincia, un niño / que no sabe su nombre todavía, / un niño férreo y tímido en la escuela, / un jovencito triste de provincia... – anota el poeta en su Canto general.

Por eso la banda y la bandera que nos dio “tenía olor de yuyo matutino / para tu pecho de estatua campestre.”

La juventud de O’Higgins estuvo llena de dolor: en primer lugar por su condición de hijo “natural” que entonces era un estigma. En el poema ya citado Neruda da cuenta de esta exclusión:

“Cómo se llama usted? Reían / los “caballeros” de Santiago: / hijo de amor, de una noche de invierno, / tu condición de abandonado / te construyó un argamasa agreste, / con seriedad de casa de madera / trabajaba en su Sur...



El tema del padre contra su hijo

Ambrosio O’Higgins, el padre, era un irlandés al servicio de España. Fue coronel de los ejércitos del rey, luego maestro de campo, general y gobernador del reino. Su carrera culminó con el título de Virrey de Lima. Para Bernardo fue un hombre tan rico como distante. Atendía las necesidades materiales de ese hijo a través de intermediarios que no siempre eran honestos.

Por su parte, Neruda le dice al joven Bernardo: “Eres el mismo sólido retrato / de quien no tiene padre sino patria...”

Por decisiones paternas, Bernardo partió a estudiar a Inglaterra desde donde escribía cartas a ese padre Virrey poderoso, mudo, inmovible y distante. En una de ellas le dice: “Envidia me da ver a

todos mis paisanos recibir cartas de sus padres. Más yo, ¡pobre infeliz! De nadie...”

Insistía en escribir sin saber siquiera si el padre leería sus cartas aun cuando no las respondiera:

“Sé que el menor descuido mío llegaría inmediatamente a los oídos de V.E. y por esta razón he sufrido y sufro... como el más ínfimo criado abatido, sin más ropa que un simple vestido que cuatro años que lo tengo y sin tener siquiera un capotón para estos tiempos de invierno.”

Esta relación padre hijo sugiere antiquísimos relatos mitológicos de dioses que someten a sus hijos a pruebas imposibles y solo cuando las superan son admitidos en los dominios del padre. En otras versiones los hijos enfrentan a sus padres y los derrotan.

En el caso del joven Bernardo tenemos al padre, un Virrey casi omnisciente, que sigue desde su palacio limeño los malos pasos europeos de aquel hijo al que no reconoce. Entonces éste se rebela acercándose a Francisco de Miranda que conspiraba en Europa contra el dominio español en América. Aquí hijo y padre se enfrentan.

La caída del Virrey

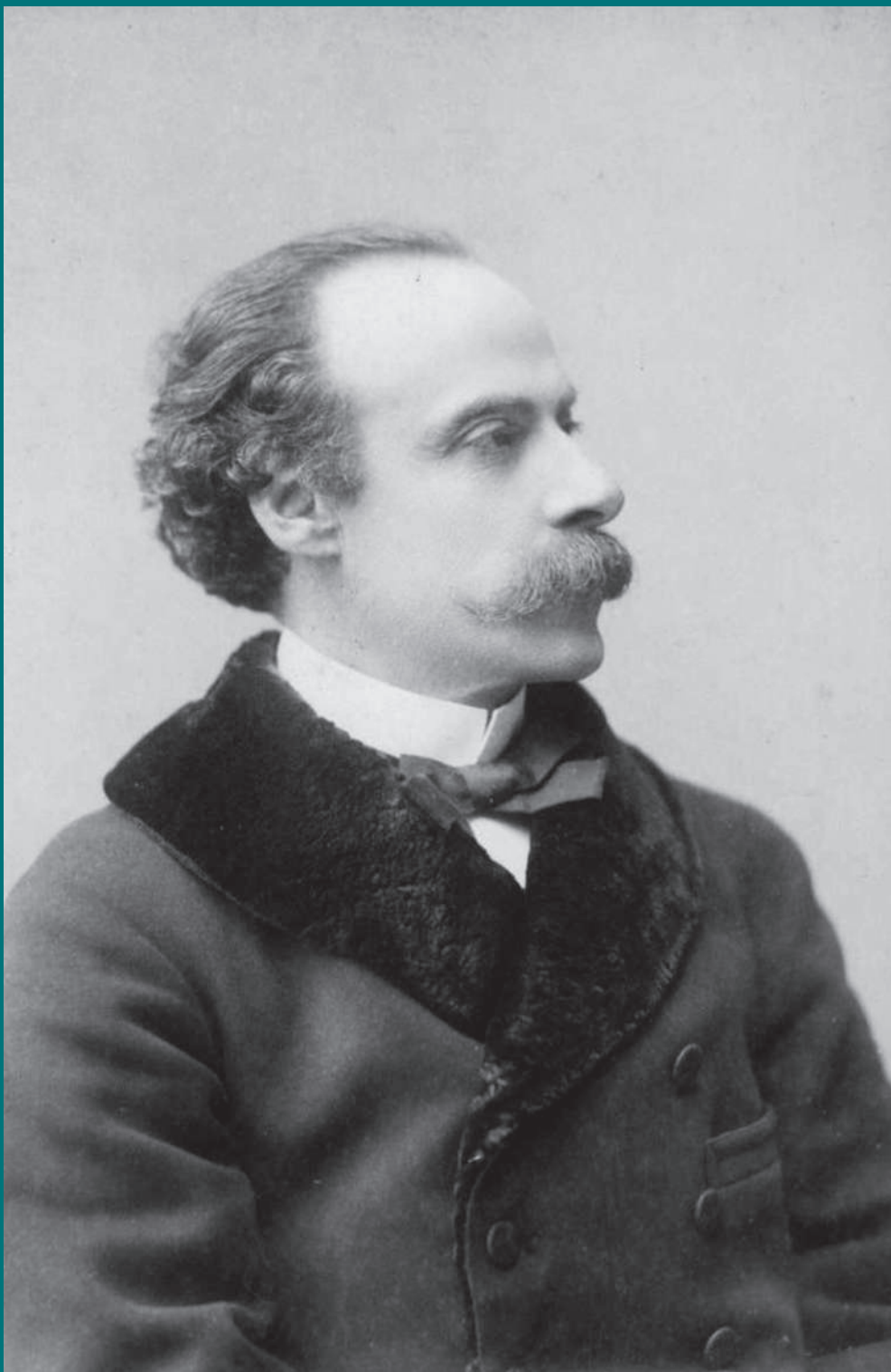
El virrey Ambrosio O’Higgins tenía otros enemigos que conspiraban en su contra, principalmente el marqués de Avilés, quien finalmente consiguió derribar a Ambrosio O’Higgins y suplantarlo en el trono virreinal valiéndose de la intriga.

Entre la caída del virrey O’Higgins y su muerte, este deja una fortuna principalmente en tierras agrícolas al hijo que cuya existencia negó.

El hijo se convirtió en uno de los grandes libertadores de América, en un héroe no solo militar sino también civil. Llegó a ser Director Supremo, la más alta autoridad de su país. Abdicó cuando consideró que su renuncia podría contribuir a la paz interior de Chile, cuando empezaban a manifestarse las señales de anarquía que prosperaban en otros países de América.

Entonces se reunió con su madre y su medio hermana, y se dedicó al oficio más antiguo y más digno: trabajar al tierra.

Bernardo O’Higgins no solo derrotó a su padre sino al mundo de su padre. Y como le dice Neruda: “...estas hoy con nosotros, eres nuestro / padre del pueblo, inmutable soldado.”



IX: José Manuel Balmaceda

Pablo Neruda escribió que Chile ha tenido solo dos grandes presidentes: José Manuel Balmaceda y Salvador Allende. Agrega el poeta que Balmaceda “estaba condenado a conducirse como un iluminado, como un soñador: su sueño de grandeza se quedó en sueño. Después de su asesinato, los rapaces mercaderes y los parlamentarios criollos entraron en posesión del salitre: para los extranjeros la propiedad y las concesiones; para los criollos, las coimas.” Balmaceda fue derrotado. Pero coimas, cohechos y similares han seguido vigentes en Chile, hasta hoy.

En el poema sobre el presidente mártir, “Balmaceda de Chile (1891)” de Canto general, Neruda enfrenta al presidente Balmaceda con Mr. North, un inglés que trabajó en los yacimientos del salitre y se convirtió en Rey del nitrato. En este poema North aparece regresando a Chile desde Londres forrado en libras esterlinas y con valiosos regalos para corromper a Balmaceda. No lo consigue, porque Bal-

maceda quiere el salitre para el progreso de Chile y de su pueblo. Entonces North se instala en los clubes de aristócratas. Allí invita a comidas suntuosas y reparte otros estímulos para quedarse con la explotación salitrera y con los ferrocarriles que la transportan hacia los puertos donde se embarcan hacia todo el mundo.

Balmaceda fue un político brillante y desdichado. También fue nostálgico y culto. Uno de los momentos trágicos de su vida fue la muerte prematura de su hijo, el escritor Pedro Balmaceda. Entonces, en La Moneda se reunía un grupo de autores del que formó parte el joven Rubén Darío.

Balmaceda propiciaba la modernización del país a través del desarrollo económico con un ambicioso plan de obras públicas, y con énfasis en la educación pública y el desarrollo de la industria nacional a través de inversiones del estado. Asimismo fomentaba la descentralización, perseguía la consagración constitucional de la “libertad de los cultos”

Al comenzar su testamento político proclamaba: “Mientras subsista en Chile el Gobierno parlamentario en el modo y forma que se ha querido practicar y tal como lo sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral ni organización seria y constante de los partidos, ni paz en los círculos del Congreso”.

Balmaceda fue un héroe trágico. Esta condición se manifiesta especialmente en el último capítulo de su vida. Cuando le faltaba poco para terminar su período presidencial, sus adversarios políticos se

levantaron para derrocarlo. Contaban con el apoyo de la marina y en los barcos de esta se apoderaron de las provincias del norte. Así se quedaron con la enorme riqueza salitrera del país. Había estallado la guerra civil. El ejército, que permaneció leal a Balmaceda, fue derrotado en las batallas de Concón y Placilla. Esta última ocurrió en 28 de agosto de 1891.

En Santiago y otras ciudades del país, las propiedades de los leales al gobierno derrocado sufrieron saqueos y en ocasiones atentados incendiarios.

Balmaceda pidió refugio en la Legación argentina. El embajador Uriburu se lo concedió. Así, pasó la primera noche bajo su protección, que duraría por 22 días.

Emilio Rodríguez Mendoza, en su libro *Últimos días de la administración Balmaceda*, señala que “al caer la tarde del día siguiente eran ya quinientas las casas saqueadas. Partidarios del régimen derrocado acudían a las legaciones de distintos países en busca de protección”. Así, cada legación se convertía en un campamento improvisado. Apunta Rodríguez Mendoza: “Ante la falta de comodidades y dormitorios dormían en los mismos salones hombres y mujeres, circunstancia de la cual no tenía por qué protestar la moral.”

Más adelante Rodríguez anota: “Se dormía a calzón puesto y fue tan grande el lujo de corrección de los asilados, que cuando por casualidad alguno salía con demasiada frecuencia, andaba en puntillas para que algún mal pensado no fuera a imagi-

narse que era el miedo el que comenzaba a pasearse a lo largo de sus tripas...”

A medida que pasaban los días, el presidente Balmaceda se daba cuenta de que estaba en una situación sin salida. La alta consideración que tenía por su cargo hacía impensable un intento de fuga, necesariamente disfrazado u oculto, ambas cosas lesivas contra su dignidad. Tampoco podía permanecer indefinidamente en la legación argentina, poniendo en peligro a Uriburu y a su familia. El presidente decidió suicidarse pero solo una vez terminado el tiempo del mandato para el que había sido elegido. Esto era el 19 de septiembre de 1891.

Neruda concluye su poema sobre Balmaceda de la siguiente manera:

Es tarde ya, escucha disparos / asilado, los gritos vencedores, / el salvaje malón, los aullidos / de la “aristocracia”, escucha / el último rumor, el gran silencio, / y entra con él, recostado, a la muerte.





X: José Miguel Carrera

“**L**a vida de Carrera fue corta y fulgurante como un relámpago, su personalidad atrajo conflicto sobre su cabeza, como un pararrayos, atrae chispa de las tempestades...” Así describió Neruda a José Miguel Carrera, que junto con grandes aportes civiles, luchó por la independencia durante la llamada “patria vieja”.

Lo mismo que O’Higgins, después del desastre de Rancagua, Carrera pasó a la Argentina por la cordillera. Ambos se convirtieron en enemigos irreconciliables. Las pugnas internas de los líderes de la independencia de América, fueron inevitables. Muchas derivaron en guerras civiles entre caudillos que continuaron luchando cuando el imperio español ya se había desmoronado en la región.

Neruda califica a Carrera como “luminoso y desventurado”. Terminada las guerras de emancipación de Chile, los conflictos entre Buenos Aires y las provincias, y entre facciones, continuaron en Argentina. Carrera participó en estas acciones con

ejércitos improvisados con los que obtuvo victorias y sufrió derrotas fatales. Anota Neruda que para los argentinos, “este chileno errante, a la cabeza de una tropa harapienta y saqueadora, era un insurgente más entre las líneas cruzadas de la historia, montonero de las praderas que se atraviesa en medio de la insigne ruta sanmartiniana.”

Es cierto que Carrera no siempre pudo controlar a sus tropas casi siempre desprovistas de instrucción y disciplina.

Neruda ha relatado que en el tiempo en que él mismo era perseguido político, allá por 1948, se escondía de casa en casa. En una de ellas descubrió un viejo boletín en el que el coronel Alejandro Pueyrredón, ya muy anciano, revisaba su vida militar. Uno de esos episodios fue su encuentro con el general José Miguel Carrera que después de una batalla lo había hecho prisionero. Al comprobar la juventud de Pueyrredón, Carrera le dio la mano, lo liberó de la prisión y lo dejó circular libremente por el campamento.

Pueyrredón relata que en una de las siguientes batallas “sucedio lo inesperado”: Pueyrredón, sin poder dominarse, montó un caballo para combatir junto a Carrera.”

Después, como dice Neruda, “declinó la luna de mi compatriota”. Tres de sus oficiales chilenos y otro cordobés traicionaron a Carrera y lo entregaron al enemigo.

Tuvo que hacer el penoso camino hacia Mendoza, el mismo que habían hecho sus hermanos Luis y Juan José para ser ejecutados. En este camino a

Carrera solo lo acompañó una persona: el capitán Alejandro Pueyrredón quien recordó ese momento así: “Estaba sublime en aquellos momentos. Yo no hacía nada más que admirarle en silencio y admirar también la tranquilidad de su porte. Ni un solo rasgo de debilidad le noté en todo el camino. Marchaba tan sereno como lo hacía a la cabeza de su columna. Parecía todavía el General en jefe.”

Con el tiempo Carrera ha adquirido una estatura de héroe y mártir popular, lo mismo que su amigo también ejecutado: el guerrillero Manuel Rodríguez.

Carrera se asoma en la poesía y los textos en prosa de Neruda que además del poema que le dedica en el libro Canto general, lo convoca y lo nombra en diversas ocasiones. Así por ejemplo, en el un prólogo para el libro Epopeya de los húsares, de Manuel Balbontín, dice: “el gran fulgor carrerino atravesó la noche colonial, su paso dejó la patria constelada para siempre”.

En 1956 Neruda escribió su “Romance de los Carrera”, musicalizado por Vicente Bianchi. En una parte este Romance dice:

“Príncipe de los caminos, / hermoso como un clavel;
/ embriagador como el vino / era don José Miguel. /
Una descarga en su pecho / abrió un manantial morado,
/ pasan y pasan los años, / la herida no se ha cerrado.



XI: José Artigas

En la sección destinada a los libertadores, de Canto general Pablo Neruda muestra a José Artigas como una fuerza de la naturaleza, y califica al conjunto de sus campañas como “victoriosa derrota”. Es que las derrotas de Artigas fueron muchas, tal vez más que sus triunfos. Pero triunfante o vencido Artigas se instaló en la historia como el principal emblema de la independencia del Uruguay: “Oh Artigas, soldado del campo creciente, cuando para toda la tropa bastaba / un poncho estrellado por constelaciones que tú conocías...”

La independencia del Uruguay fue un proceso especialmente complejo. Había tres potencias imperiales: España, Portugal, y una local, Argentina, que tenían intereses en la llamada Banda oriental, parte importante de lo que sería el Uruguay.

Artigas descendía de los fundadores de Montevideo y tenía un fuerte arraigo con la tierra y con su pueblo del que fue caudillo. Luchó por la autonomía del Uruguay, contra porteños bonaerenses, es-



pañoles y portugueses. Con ejércitos mal armados pero decididos y leales siguió el paradigma del héroe popular, como el Manuel Rodríguez, chileno, y el Sandino nicaragüense. Llegó a dominar todo el litoral uruguayo y su influencia llegaba hasta el centro físico y simbólico de su patria que lo reconocería como el constructor de la nacionalidad.

En una ocasión los portugueses, desde Brasil invadieron la Banda oriental con cinco mil hombres curtidos en las guerras contra Napoleón. El historiador Carlos Heras anota que “Artigas defendía heroicamente pero sin éxito, el territorio uruguayo, carecía de todo, con milicias valientes pero mal armadas: no podía oponerse a un ejército regular, aguerrido y bien pertrechado.” Finalmente el ejército portugués entró en Montevideo el 20 de enero de 1817.

El gobierno argentino estaba preocupado por la invasión portuguesa pero no podía hacer nada puesto que todos sus recursos los consumía la organización del ejército con el que los generales O’Higgins y San Martín atravesarían la cordillera de los Andes, para expulsar definitivamente a España del otro lado de la cordillera.

Entonces Artigas acudió con eficacia a la guerra de guerrillas y con gran sacrificio pudo sostener la guerra contra los portugueses.

José Artigas pertenece a esa generación de los guerreros que no solo tuvieron que luchar contra los imperios coloniales europeos sino también dar su primera forma a los países que nacían, llegar a acuerdos en cuestiones de límites con los vecinos y

enfrentar la anarquía resultante de las ambiciones de caudillos y montoneros. Por esto junto con el título de libertadores se les dio el de padres de la patria. Algunos de ellos – como Artigas y O’Higgins – ganaron altos grados militares en las guerras de independencia y, también como Artigas y O’Higgins vivieron muchos años de ostracismo y murieron fuera de las patrias en cuya construcción se habían empeñado.

Con su autoexilio Artigas, un libertador se relaciona con el doctor Francia, un verdugo. Esto ayuda a entender los poemas “Artigas” y “El doctor Francia” de Canto general que primera vista pueden resultar crípticos.

Artigas vivió los últimos 30 años de su vida autoexiliado en Paraguay, regido entonces por el implacable doctor Rodríguez Francia, dictador al que Neruda retrató en la sección “Los verdugos”, de Canto general, así: “...vivió (...) como una estatua sórdida y cesárea / cubierta por los velos de la araña sombría.”

En el poema sobre el exilio de Artigas, Neruda dice:

“Amargo trabajo el exilio”, escribió aquel hermano de mi alma / y así el entretanto de América cayó como párpado oscuro / sobre la mirada de Artigas, jinete del escalofrío, / opreso en la inmóvil mirada de un déspota, en un reino vacío.

Este déspota debe ser el Doctor Francia, y al hablar del vacío de su reino, ha de referirse al Para-

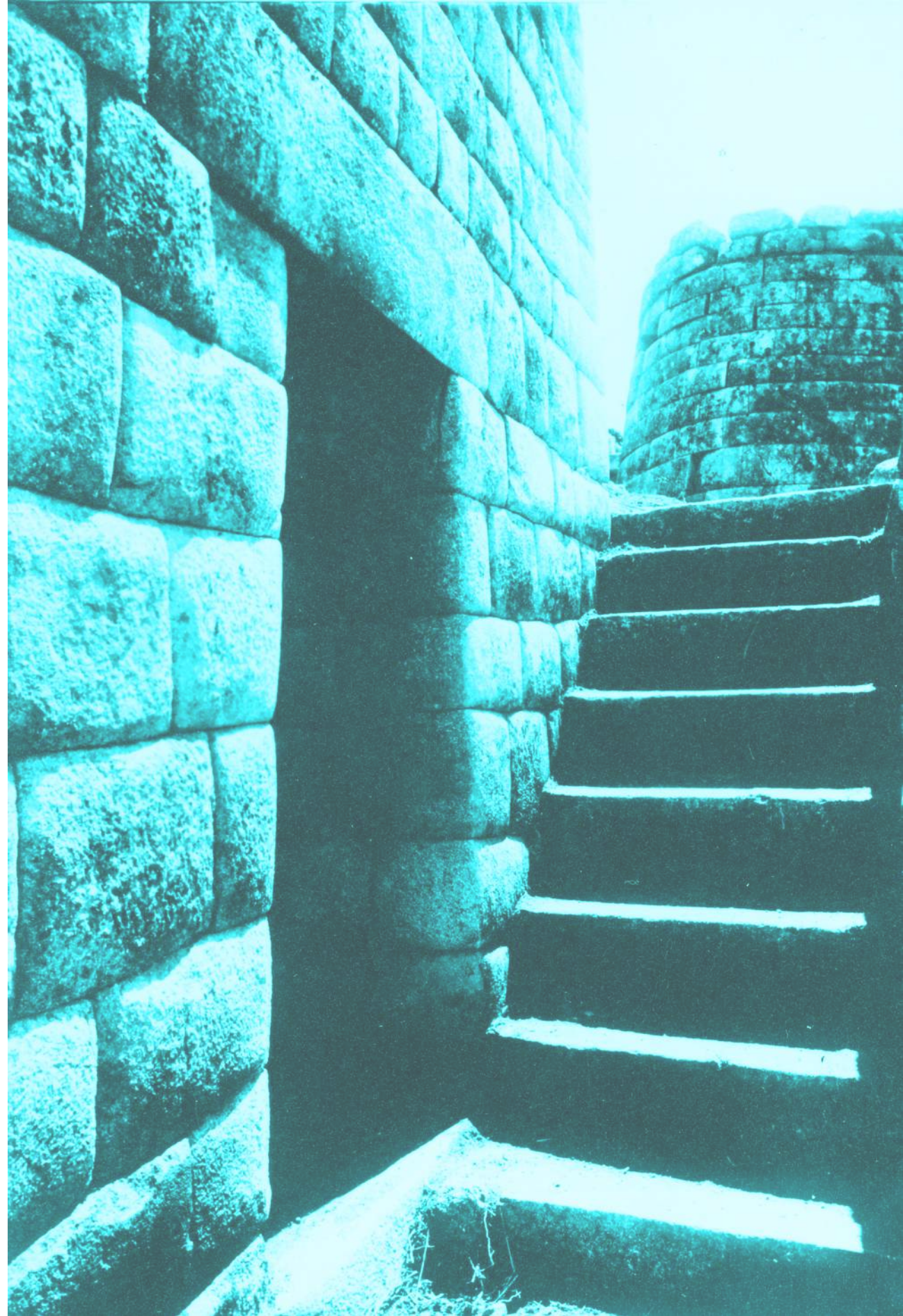
guay de la época. La convivencia entre el sátrapa Francia y Artigas es uno de los episodios más curiosos de la historia de América.

Al tiempo que se construían las naciones se iba formando una tenue conciencia de la necesidad de unidad americana y de la singularidad del continente. Dice Neruda:

América tuya temblaba con penitenciales dolores: / Oribes, Alveares, Carreras, desnudos corrían hacia el sacrificio: / morían, nacían, caían: / los ojos del ciego mataban: la voz de los mudos / hablaba. Los muertos por fin encontraban partido, / por fin aquellos sangrientos supieron que pertenecían / a la misma fila: la tierra no tiene adversarios.

Artigas ingresó al Paraguay con cerca de cien seguidores reducidos a la pobreza. La separación, ya dentro del Paraguay, fue triste: “el general y nosotros llorábamos” recuerda uno de aquellos hombres que fueron dispersados.”

Jesualdo, en su libro Artigas, del vasallaje a la revolución, escribió: “Detrás de la escolta que lo lleva ni siquiera quedan polvos levantados marcando el camino que recorren porque la marcha es nocturna y silenciosa. Y porque el verde lujurioso, maraña impenetrable del trópico, va cerrando tras suyo la senda que los conduce al voluntario u obligado cautiverio, en definitiva, su vuelta a la tierra”.

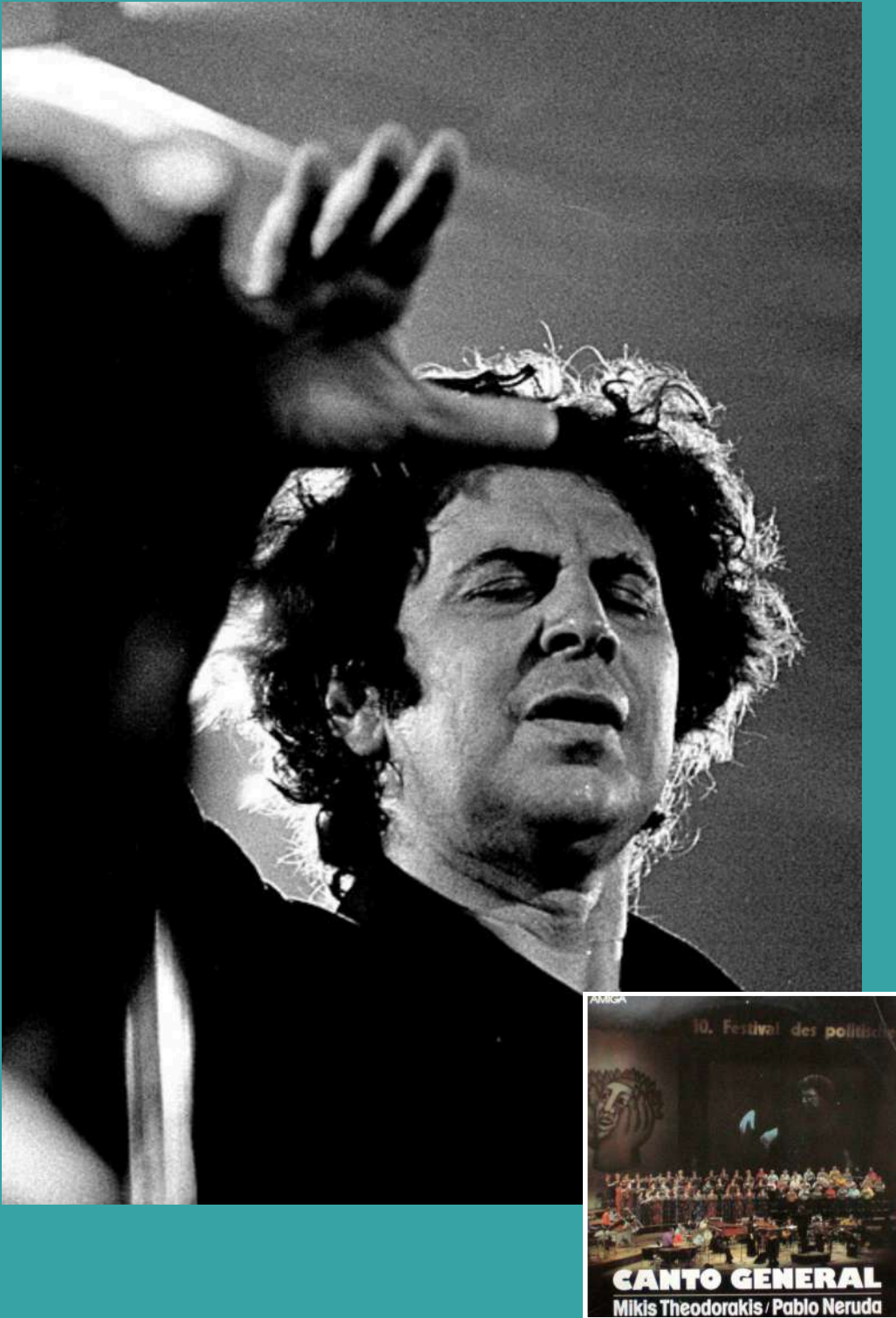


XII: Mikis Theodorakis

El año 2025 ha sido declarado por el gobierno griego como el Año de Mikis Theodorakis, en conmemoración del centenario de este inmenso músico, nacido el 29 de julio de 1925 en la isla helénica Quíos.

Cuando los nostálgicos de los años 60 del siglo XX evocamos las grandes escenas cinematográficas de esa época, no puede faltar la danza final de la película *Zorba el griego* (1964), basada en la novela homónima de Nikos Kazantzakis. La música —presente a lo largo de todo el filme— estalla en esa escena final y apoteósica, y es difícil no ponerse a bailar cuando se la escucha. Su autor: Mikis Theodorakis.

Este músico, famoso en todo el mundo, se encontraba exiliado en París, ya que su país, Grecia, estaba entonces bajo una dictadura militar, situación tristemente común en los países del Tercer Mundo durante ese tramo de la Guerra Fría. En ese contexto, Theodorakis recibió una invitación del



gobierno del presidente Salvador Allende para visitar Chile, el Chile de la Unidad Popular.

Durante su viaje, conoció el activo movimiento musical que se había desarrollado en el país bajo el gobierno popular. También se acercó a la obra del poeta Pablo Neruda, en especial a su monumental libro *Canto general*. Así comenzaba a gestarse el oratorio que lleva el mismo nombre del poemario y que, con el tiempo, sería presentado en los principales escenarios del mundo.

La afinidad entre Neruda y Theodorakis fue clave para la creación del oratorio. El trabajo comenzó en París, ciudad donde residía Neruda, entonces embajador de Chile en Francia.

A principios de 1972, la prensa santiaguina informó que Theodorakis había manifestado su interés en musicalizar *Canto general*, y que Neruda estaba dispuesto a autorizar la adaptación. El trabajo comenzó con la composición del primer poema del libro, “Amor a América”, dedicado al continente primigenio e intacto.

El 14 de septiembre de 1972, el diario *El Siglo* publicó que Theodorakis “ha hecho una obra musical fascinadora en que la fuerza y la ternura exaltan mi poesía hasta un límite supremo”. Más adelante, Neruda agregaba: “Agradezco al maestro Theodorakis su participación en mi poesía al darle un dinamismo que la levanta en una gran ola pasional hasta la comprensión del pueblo, y de acuerdo con las más rigurosas exigencias de la cultura.”

Aquí Neruda se refiere a una de sus grandes inquietudes: expandir el campo de acción de la

poesía a través de medios que fueran más allá del libro. Y el medio que más le atraía para ese propósito era la música, aunque él mismo reconocía tener un pésimo oído musical. De todas formas, había trabajado en otros proyectos de musicalización de sus poemas, pero ninguno de la magnitud del Oratorio *Canto General*.

La obra alcanzó su forma definitiva en París, entre 1973 y 1974. Neruda había muerto en septiembre de 1973, y Chile se encontraba bajo la dictadura militar del general Augusto Pinochet. En cambio, en Grecia la dictadura instaurada en 1967 había caído, lo que permitió que el oratorio se presentara por primera vez en su versión completa en 1975, en el estadio Panathinaikós de Atenas. También se realizó una grabación en vivo en el estadio Karaiskakis del Pireo. Theodorakis añadió al oratorio un *Neruda Réquiem aeternam* como homenaje al poeta chileno, fallecido el 23 de septiembre de 1973.

Desde entonces, el oratorio ha recorrido el mundo entero.

Mikis Theodorakis murió en Atenas a los 96 años.



XII: El gran océano

Las materias primordiales de Canto general son la tierra y la naturaleza americanas, es decir, la geografía del continente, y las luchas de los pueblos contra la explotación; en otras palabras, la historia que avanza y transforma al mundo. Así, a primera vista, un capítulo sobre el mar parecería una materia extraña en este libro, porque el océano no avanza: solo repite infinitamente el vaivén de sus olas, es una especie de eternidad en movimiento.

Sin embargo, existen argumentos según los cuales el capítulo XIV, titulado “El gran océano”, no podía quedar fuera de Canto general. El profesor Alain Sicard afirma que “Al igual que el océano, la historia es inagotable”: la ola del mar, lo mismo que el héroe histórico, no muere. “Un mismo movimiento los devuelve a una totalidad perpetuamente inacabada, en construcción perpetua”. El agua y el pueblo son infinitos. Sicard concluye que “cuando el poeta se sienta frente al mar, solo en apariencia le vuelve la espalda a la historia”. Así, para Sicard,

la inmensidad de las aguas tendría una equivalencia con la infinitud “del pueblo empeñado en las perpetuas luchas por la libertad...”.

En la sección “Los libertadores” del libro vimos el relevo interminable de los libertadores americanos, desde los guerreros populares indígenas hasta la Guerra Fría, momento en que Neruda escribe su obra. Por lo tanto, “El gran océano” no es un paréntesis en el contenido de Canto general, ni un elemento ajeno al resto del libro. Por el contrario, constituye una parte orgánica del proyecto poético que anima al conjunto de la obra.

En la poesía de Neruda hay dos grandes espacios míticos: el bosque austral y el mar. El poeta descubre a ambos tempranamente. Su encuentro con el océano ocurre en uno de sus viajes veraniegos a la costa, en Puerto Saavedra. El poeta recuerda así este momento:

“Cuando estuve por primera vez frente al océano quedé sobrecogido (...) No solo eran las inmensas olas nevadas que se levantaban a muchos metros sobre nuestras cabezas, sino un estruendo colosal, la palpitación del universo.”

Desde entonces, el poeta se dedicó a auscultar y descifrar aquellas palpitaciones del universo, y vivió deslumbrado por todas las cosas que latían en el mundo; entre ellas, el gran océano ocupa un sitio privilegiado.

El mar es terrible, no solo cuando desata su furia: también lo es por su tamaño desmesurado y por

sus honduras insondables. En este ámbito inescrutable e inmenso, la ínfima estatura del hombre y los minúsculos afanes de los navegantes en una canoa parecen insignificantes.

Esta “agua sin fondo ni forma”, agua oscura y nocturna, sugiere el caos primordial: la dimensión mítica del océano como territorio del caos anterior a la creación, donde no se han plasmado aún las formas ni trazado los perfiles del mundo, donde todavía no se ha organizado el cosmos.

Neruda recrea esa dimensión mítica del océano como espacio del caos previo a la creación, donde aún no se han delineado las formas ni los contornos del mundo. Pero ese caos contiene ya las materias del cosmos: la inmóvil soledad del agua está llena de vidas:

“No es la última ola con su salado peso / la que tritura costas y produce / la paz de arena que rodea el mundo: / es el central volumen de la fuerza, / la potencia extendida de las aguas, / la inmóvil soledad llena de vidas.”

Hay en “El gran océano” pasajes que recuerdan las grandes cosmogonías, los poemas que describen la formación del mundo, los mitos de creación de Hesíodo y Lucrecio:

“Cuando se transmutaron las estrellas / en tierra y en metal, cuando apagaron / la energía y volcada fue la copa / de auroras y carbones, sumergida / la hoguera en sus moradas, / el mar calló como una gota ardien-

do / de distancia en distancia, de hora en hora: / su fuego azul se convirtió en esfera, / el aire de sus ruedas fue campana, / su interior esencial tembló en la espuma, / y en la luz de la sal fue levantada / la flor de su espaciosa autonomía.”

El gran océano de Canto general aparece como el “agua madre” o la “translúcida gruta de la vida”, es decir, el lugar donde se origina la vida:

“Estrella de oleajes, agua madre, / madre materia, médula invencible, / trémula iglesia / levantada en el lodo: / la vida en ti palpó piedras nocturnas...”

El poeta da cuenta de la gestación de la vida en el mar. Es una vida primaria que pugna por existir, una vida agresiva que muerde y compite por imponerse. Finalmente, aparecen en el escenario del océano los hombres que van poblando islas y costas, los pueblos del mar, los Rapa Nui y los yámanas. Luego vendrán los puertos, los navegantes y los naufragios con sus residuos, que el poeta recoge para incorporarlos al viaje de su propia vida. Así, por ejemplo, “El gran océano” relata su encuentro con uno de sus famosos mascarones de proa:

“En la arena de Magallanes te recogimos cansada navegante inmóvil / bajo la tempestad que tantas veces tu pecho dulce desafió dividiendo en sus pezones. (...) / Hoy eres mía, diosa que el albatros gigante / rozó con su estatura extendida en el vuelo (...) / Hoy hemos recogido de la arena tu forma. / Al final a mis ojos estabas destinada. (...) / Tú navegas conmigo, recogida,

hasta el día / en que dejen caer lo que soy en la espuma.”

El poeta se apropia, entonces, de este fragmento de embarcación, que guarda el misterio de la totalidad del mar. Lo mismo hará con las caracolas marinas que coleccionó con esmero. En “El gran océano” dedica un poema, “Mollusca gongorina”, a sus afanes de coleccionista de caracolas de todos los mares del mundo.

Así, la enormidad de Canto general contiene y es contenida por el gran océano. El libro solo podía completarse con la parte oceánica del mundo, antes de culminar con el despliegue del poderoso ego del poeta en la sección XV, titulada “Yo soy”.

XIII: La arena traicionada

En Canto General, Pablo Neruda construye la figura del “árbol del pueblo”, que representa la estirpe de hombres y mujeres que, a lo largo de las generaciones, luchan por la libertad. Este árbol, al igual que la semilla del pan, nace de la tierra:

De la tierra suben sus héroes / como las hojas por la savia / y el viento estrella los follajes / de muchedumbre rumorosa, / hasta que cae la semilla del pan / otra vez a la tierra.

La doctora Eugenia Neves señala que:

“...la imagen de la Libertad en Canto General tiene la forma de un árbol cuya fuerza emana de la tierra para darle vida a los héroes de la Libertad, incesantemente renovados.”

Los libertadores de Canto General no son únicamente los próceres que luchan en las guerras de Independencia contra el imperio español a comienzos del siglo XIX, sino también los pueblos originarios que resistieron a los conquistadores y los líde-



res populares que, en el siglo XX, se enfrentaron al imperialismo norteamericano, buscando la redención del campesino y del obrero.

En las secciones “Los conquistadores” y “La arena traicionada” aparecen los antagonistas de los libertadores. Entre ellos destaca el tirano, gobernante que ejerce el poder por la fuerza y comete toda clase de atrocidades. Este tipo de sátrapas no solo aparece en la historia y la literatura latinoamericana, sino también en la narrativa europea, como en *Tirano Banderas* de Valle-Inclán y *El hombre a caballo del fascista francés* Pierre Drieu La Rochelle.

En “La arena traicionada”, Neruda despliega una galería de caudillos que oprimen a sus pueblos. Entre ellos se encuentra Juan Vicente Gómez (1859–1935), paradigma del dictador latinoamericano que concentra en sí mismo todo el poder: es hacendado, caudillo, político y militar. Gómez alcanzó el poder absoluto en 1908 al derrocar a su protector, Cipriano Castro, y lo mantuvo hasta su muerte en 1935. Aunque fue elegido presidente constitucional, simultáneamente ejerció el poder como comandante en jefe del ejército, persiguiendo a los opositores y entregando parte de la riqueza petrolera del país a sus aliados y a grandes empresas extranjeras.

Otro personaje del elenco de “La arena traicionada” es José Gaspar Rodríguez de Francia (1776–1840), nombrado Dictador Supremo de Paraguay por cinco años, cargo que conservó hasta su muerte. Durante su gobierno aplastó cualquier in-

tento de derrocamiento y aisló al país económica, política y culturalmente, convencido de que ese aislamiento era la forma más eficaz de mantener el poder.

Juan Manuel Domingo Ortiz de Rosas (1793–1877) fue otro caudillo destacado. Gobernador de la provincia de Buenos Aires, tras finalizar su mandato organizó expediciones contra los pueblos indígenas que ocupaban grandes extensiones de la pampa.

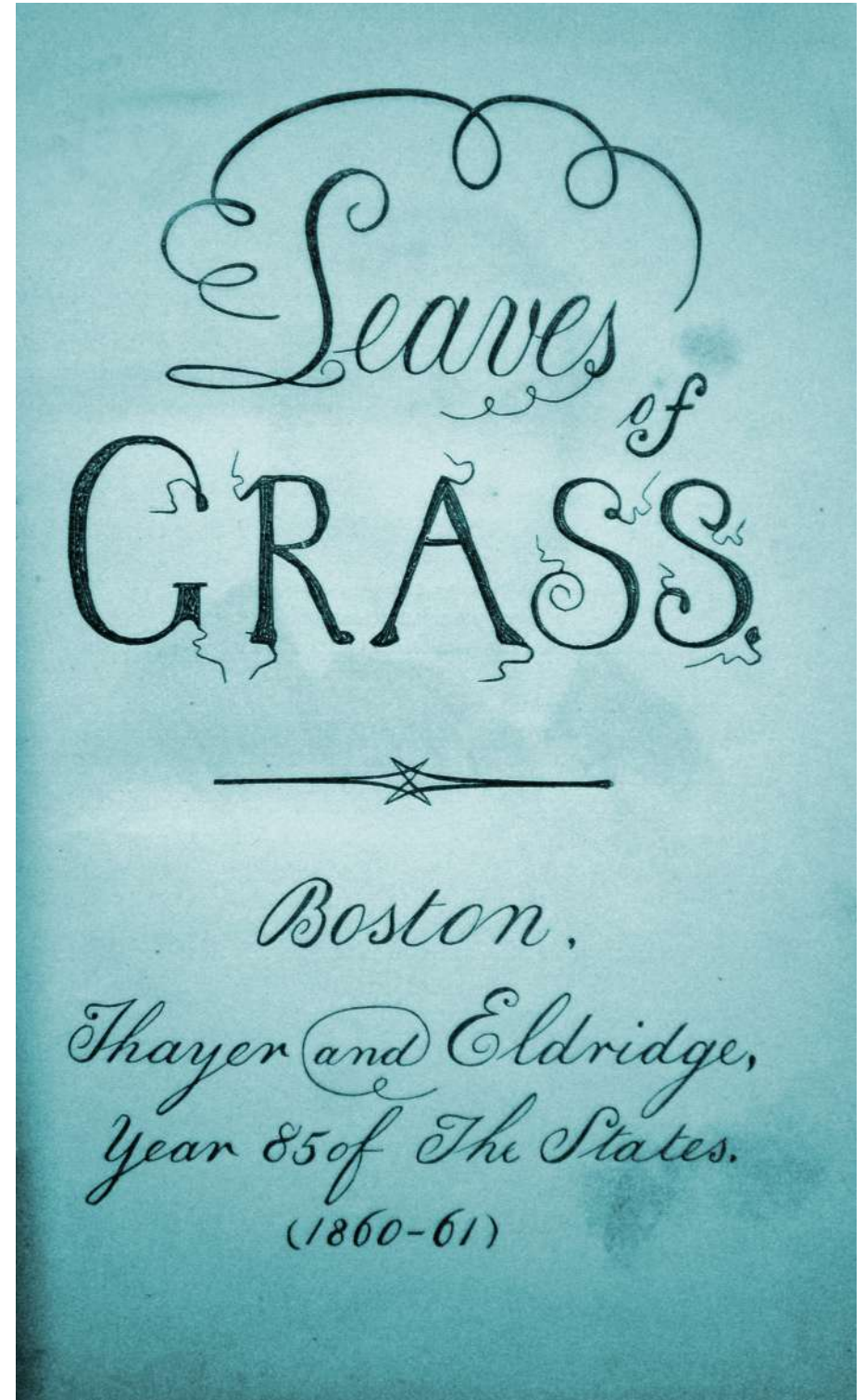
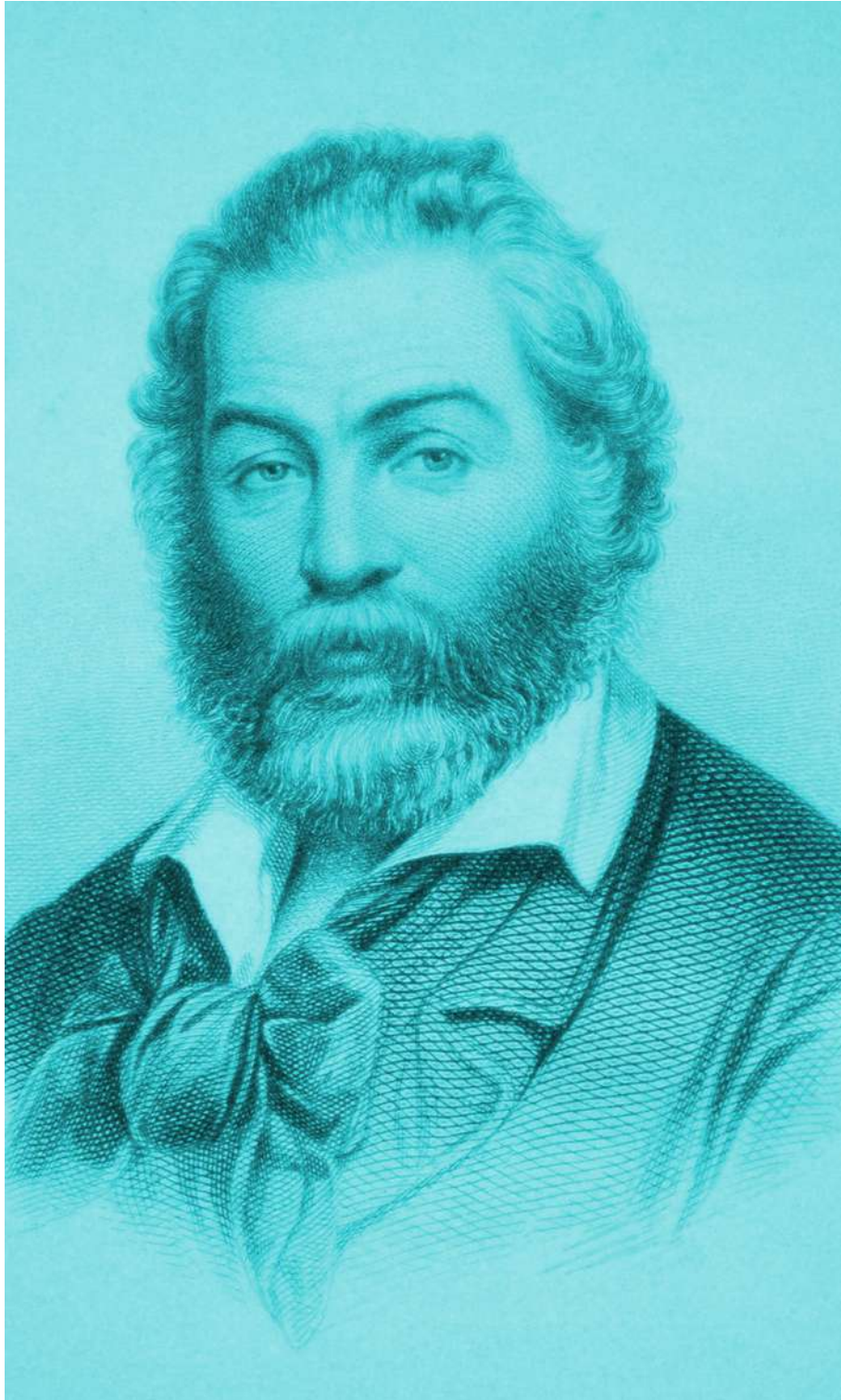
Además de estos personajes históricos, en *Canto General* aparecen figuras genéricas, tipos de opresores que no se identifican individualmente, como los que Neruda denomina “los abogados del dólar”:

Infierno es el abogado criollo / de la compañía extranjera (...)
Viste de gringo, / escupe como gringo. Baila / como gringo...

Estos abogados sirven a grandes corporaciones, como Standard Oil Co., Anaconda Copper Mining Co. y United Fruit Co.

Sin embargo, Neruda no es anti-norteamericano. Valora a figuras como Abraham Lincoln, Walt Whitman —a quien consideraba su padre literario— y el cantante Paul Robeson, quien, según el poeta:

...canta como la tierra / como el comienzo del mar y de la vida / canta sobre las crueldades y los avisos / de Coca-Cola...



También condena al Ku Klux Klan, “que mató a un bárbaro persiguiéndolo / colgándolo al pobre negro que aullaba, quemándolo vivo...”

Pero Neruda ama al pueblo norteamericano, al granjero, al trabajador. Por eso invoca a Abraham Lincoln, diciendo:

Que venga Abraham, que hinche / su vieja levadura,
la tierra / dorada y verde de Illinois, / y levante el hacha en su pueblo / contra los nuevos esclavistas, /
contra el látigo del esclavo, / contra el veneno de la imprenta, / contra la mercadería / sangrienta que le quieren vender. / Que marchen cantando y sonriendo /
el joven blanco, el joven negro, / contra las paredes de oro, contra el fabricante de odio, contra el mercader de su sangre, / cantando, sonriendo y venciendo.
Que despierte el leñador.



mexico
1949

CANTO GENERAL libro iba

Amor mío,
Matilde, ¿
no sabías cuando este
nacías tan cerca de ti
hoy iba ¿
me parecen páginas a guere,te,
en le que había una montaña
un camino
que me llevaba
a ti, mío.
amor mío.

1954
marzo 24
Santiago
Pror. de la

XIV: México en *Canto general*

A comienzos de abril de 1950 aparecía en Ciudad de México la primera edición mexicana de *Canto general*. Entretanto, en Chile, el Partido Comunista —entonces declarado fuera de la ley— ponía en circulación, de forma clandestina, la edición nacional de esta obra. La edición mexicana fue ilustrada en las guardas con obras de David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera. La chilena llevaba grabados de José Venturelli.

Entonces el poeta ya estaba en el exilio. Antes de eso había estado tres años, entre 1940 y 1943, en México. Esta estadía, y el viaje por América que hizo el poeta al regresar a Chile, fueron fundamentales para que el modesto proyecto del *Canto general* de Chile creciera hasta convertirse en el *Canto general* del continente, con algunas derivaciones hacia todo el mundo.

En su poema “México” (1940) el poeta anotó:

No supe qué amé más, si la excavada
antigüedad de rostros que guardaron
la inmensidad de piedras implacables,

o la rosa reciente construida
por una mano de ayer ensangrentada.
Y así de tierra a tierra fui tocando
el barro americano, mi estatura,
y subió por mis venas el olvido
recostado en el tiempo, hasta que un día
estremeció mi boca su lenguaje.

En agosto de 1940 Neruda llega a Ciudad de México a ocupar el cargo de cónsul general de Chile. Viajaba con Delia del Carril, con quien se casaría en 1943, en una ciudad del estado de Morelos. Lo acompañaban también Luis Enrique Délano, su esposa Lola Falcón y la poeta inglesa Nancy Cunard. Todos ellos eran antifascistas en un mundo y un tiempo en que el nazismo parecía invencible.

Hacia poco la República Española había caído, derrotada por el ejército del dictador Francisco Franco y apoyada por la Alemania nazi y la Italia fascista. Neruda había conseguido llevar a más de dos mil refugiados españoles a Chile en el barco Winnipeg. Al mismo tiempo, el México del presidente Lázaro Cárdenas recibía a veinte mil refugiados españoles y, antes de la derrota, había ayudado con pertrechos a la República. Por todo esto Neruda, en su poema “En los muros de México (1943)” de Canto general, escribió:

Canto a Cárdenas. Yo estuve: / yo viví la tormenta de Castilla. / Eran los días ciegos de las vidas. / Altos dolores como ramas crueles / herían nuestra madre

acongojada. / Era el abandonado luto, los muros del silencio / cuando / se traicionaba, se asaltaba a esa patria del alba y del laurel. / Entonces / solo la estrella roja de Rusia y la mirada de Cárdenas / brillaron en la noche del hombre. / General, Presidente de América- te dejo en este canto / algo del resplandor que recogí en España.

México tiene una importante presencia en Canto general, desde el poema “Llegan al mar de México” en adelante. Sigue con “Cortés”, a quien el poeta describe como “corazón muerto en la armadura”. Continúa hasta cuando el conquistador llega a golpear las puertas de Tlaxcala para proponer alianza contra los aztecas. El poeta entonces intenta advertir a los tlaxcaltecas que no traten con el invasor:

Hermano, aterrado, no tomes / como amigo al buitre rosado: / desde el musgo te hablo, desde las raíces de nuestro reino.

Desafortunadamente, Tlaxcala y otros pueblos mexicanos se sumaron a las fuerzas de Cortés y eso fue decisivo en la derrota de los aztecas.

Neruda relata también cómo se despierta la desmedida ambición de Cortés por el oro:

... recibe un faisán, una cítara / de los músicos del monarca / pero quiere la cámara del oro, / quiere otro paso y todo cae / en las arcas voraces.

El rey azteca, Moctezuma, trata de aplacar a su pueblo. Les dice que Cortés es su hermano, pero ya

nadie le cree y empiezan a volar las piedras de la insurrección del pueblo mexicano contra Cortés, que “afila puñales / sobre los besos traicionados”.

El poema “Cholula”, el V de la sección “Los conquistadores” de Canto general, se refiere a la masacre de cerca de seis mil habitantes desarmados en Cholula. El autor de la masacre fue nuevamente Hernán Cortés, al mando de su exigua tropa de españoles y de sus numerosos aliados, principalmente tlaxcaltecas.

Cholula era una gran ciudad mesoamericana, amiga de los aztecas. Por eso fue arrasada. Moctezuma lo supo cuando se lo informó Cortés, quien justificó esta masacre alegando que los habitantes de Cholula planeaban un ataque secreto contra los españoles. Al parecer, Cortés mostró ser maestro en intrigas para poner a los pueblos mexicanos unos contra otros.

El poema que sigue, el VI sobre “Los conquistadores”, es “Alvarado”, y está dedicado a Pedro de Alvarado, capitán de Cortés en la conquista de México, que posteriormente participó en las conquistas de América Central y del Perú.

En el otro extremo de la poesía nerudiana sobre la conquista de México en Canto general, se encuentra la sección IV, “Los libertadores”. Su primer poema fue “Cuauhtémoc” (1520). Desde luego, se refiere al joven guerrero que se puso a la cabeza de su pueblo para resistir militarmente a los invasores europeos, desplazando en el poder al fatalista Moctezuma.

Neruda escribe:

Pero no hay sombra en tu estandarte. / Ha llegado la hora señalada, / y en medio de tu pueblo / eres pan y raíz, lanza y estrella. / El invasor ha detenido el paso. / No es Moctezuma extinto / como una copa muerta, / es el relámpago y su armadura, / la pluma de Quetzal, la flor del pueblo, / la cimera encendida entre las naves.

En el poema, Neruda se refiere también al martirio de Cuauhtémoc en manos de los conquistadores:

Pero una mano dura como siglos de piedra / apretó tu garganta. No cerraron / tu sonrisa, no hicieron / caer los granos del secreto / maíz, y te arrastraron, / vencedor cautivo, / por las distancias de tu reino, / entre cascadas y cadenas, / sobre arenales y aguijones / como una columna incesante, / como un testigo doloroso, / hasta que una sogá enredó / la columna de la pureza / y colgó el cuerpo suspendido / sobre la tierra desdichada.

Hacia el final del libro, el poeta rinde un último homenaje a Cuauhtémoc:

Canto a Cuauhtémoc. Toco / su linaje de luna / y su fina sonrisa de dios martirizado. / ¿Dónde estás, has perdido / antiguo hermano tu dureza dulce? / ¿En qué te has convertido? ¿En dónde vive tu estación de fuego?

El padre Bartolomé de las Casas fue un apóstol de la defensa de la población indígena y sus derechos en tierra americana. Entonces se discutía sobre la naturaleza del indio y muchos —con el fin soterrado de esclavizarlo— lo consideraban infrahumano cuando no animal. Las Casas se convirtió en baluarte de la defensa de la dignidad humana de los aborígenes. En 1544 recibió la condición de obispo de Chiapas, donde mucho después, en 1990, se instalaría un movimiento llamado Fuerzas de Liberación Nacional, la primera manifestación de emancipación indígena del siglo XXI.

Escribe Neruda en su poema:

Hoy a esta casa, Padre, entra conmigo. / Te mostraré las cartas, el tormento / de mi pueblo, del hombre perseguido. / Te mostraré los antiguos dolores. / Y para no caer, para afirmarme, / sobre la tierra continuar luchando, / deja en mi corazón el vino errante / y el implacable pan de tu dulzura.

Francisco Javier Mina fue un soldado español que luchó contra el absolutismo europeo. Derrotado, huyó a México, donde se incorporó a las guerras por la emancipación americana. En su poema “Mina (1817)”, Neruda escribió:

Pero siempre en la torre despiadada, / España, hiciste un hueco / al diamante rebelde y a su estirpe / de luz agonizante y renaciente.

Derrotado y hecho prisionero por los realistas, Mina fue ejecutado por traición.

Uno de los grandes héroes civiles y militares de América es Benito Juárez. Ejerció en dos ocasiones el cargo de presidente de su país. Su notable obra institucional republicana quedó eclipsada por su hazaña militar, que fue resistir el intento de imponer el imperio francés de Maximiliano I, al que derrotó, ordenando luego su ejecución. Su obra cívica alcanza una dimensión americana. En su poema “Viaje por la noche de Juárez” Neruda le dice:

Para nosotros eres pan y piedra, / horno y producto de la estirpe oscura. / Tu rostro fue nacido en nuestro barro. / Tu majestad es mi región nevada, / tus ojos la enterrada alfarería. / Otros tendrán el átomo y la gota / de eléctrico fulgor, de brasa inquieta: / tú eres el muro hecho de nuestra sangre, / tu rectitud impenetrable / sale de nuestra dura geografía.

Otro de los grandes libertadores, esta vez del mundo mexicano rural, es Emiliano Zapata, quien junto a Pancho Villa fue una de las grandes figuras de la Revolución Mexicana. Esta fue la primera de las grandes revoluciones del mundo en el siglo XX. El 28 de noviembre de 1911, Zapata suscribió el “Plan de Ayala”, que exigía a los grandes terratenientes la devolución de las tierras y el agua a los campesinos que habían sido sus dueños originales. Neruda escribió:

México, huraña agricultura, amada / tierra entre los oscuros repartida: / de las espadas del maíz salieron /

al sol tus centuriones sudorosos. / De la nieve del Sur
vengo a cantarte. / Déjame galopar en tu destino / y
llenarme de pólvora y arados.

En la sección “La tierra se llama Juan” de Canto general, dedicada a las víctimas anónimas de la explotación, aparece el agrarista Jesús Gutiérrez. En “Los ríos del canto” hay un homenaje al músico Silvestre Revueltas, y en “El gran océano” hay un poema para Acapulco.

Finalmente, hacia las últimas páginas del libro encontramos “En los muros de México (1943)”, en el que el poeta se despide de México. Dice:

Aquí termino, México, / aquí te dejo esta caligrafía /
sobre las sienes para que la edad vaya borrando este
nuevo discurso / de quien te amó por libre y por pro-
fundo. / Adiós te digo y me voy, pero no me voy. / Me
voy, pero no puedo / decirte adiós. / Porque en mi
vida, México, vives como una pequeña / águila equi-
vocada que circula en mis venas, / y solo al final la
muerte le doblará las alas / sobre mi corazón de solda-
do dormido.



Epílogo

Hemos elegido este texto para terminar nuestro libro acerca de Canto general. Nos parece que queda claro que México está en casi todas las partes de Canto general. Por lo tanto, tiene algo o mucho de la diversidad y profundidad de Canto general. Podría ser que el México de Canto general sea interminable, porque es un libro dentro de otro libro, porque es un libro expuesto a lecturas en permanente cambio. También podrían hacerse preguntas sobre formas de lectura, como: ¿por dónde empezar a leer el libro? ¿Y por dónde terminarlo? Desde luego, hay otros libros dentro de Canto general. Habría que buscarlos. Los aniversarios pueden ser propicios para eso.



PABLO NERUDA

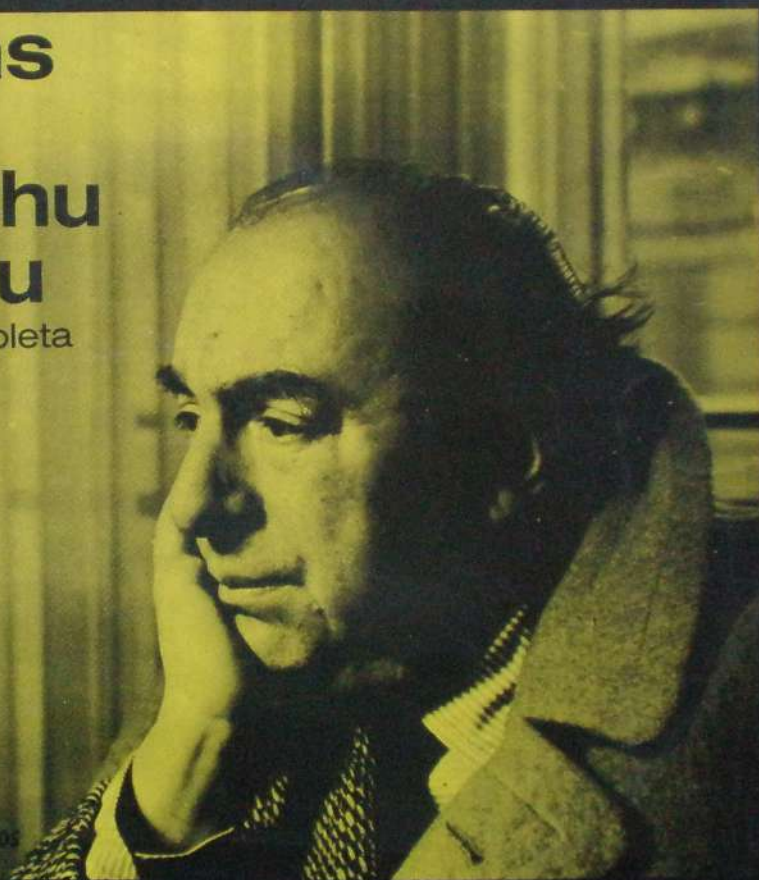
por él mismo

Alturas de Macchu Picchu

Versión completa



123-2
DOCUMENTOS



Pablo Neruda

De esta edición definitiva de las «Alturas de Macchu Picchu» impresa con ocasión del cincuentenario de Pablo Neruda el 12 de julio de 1954 en Santiago de Chile, se imprimieron mil ejemplares numerados del 1 al 1000 en papel satinado nacional y diez ejemplares fuera de comercio, señalados con las letras A. B. C. D. E. F. G. H. I. y J. Todos estos ejemplares llevan la firma del autor. Las fotografías que acompañan al texto fueron tomadas el año 1906 por el artista cuzqueño Chambi y algunas de ellas se publican por primera vez.

Amor



75 AÑOS DE CANTO GENERAL

La edición de este libro digital se realizó en octubre de 2025. Editor General: Tamym Maulén . Diseño y Diagramación: Iván Martínez B.





Fundación **Pablo Neruda**